

Descubrimiento del río de las Amazonas

por el Capitán
Francisco de Orellana



Relación de
Gaspar de Carvajal

Agosto de 1.542

Babelia.DOC

Descubrimiento del río de las Amazonas

«Relación de Gaspar de Carvajal»

*Documento regalado a la Sección de Manuscritos
de la Biblioteca Nacional de España
por el Duque de T'Serclaes el 5 de mayo de 1961.*

Según la edición y notas de M^a de las Nieves Pinillos Iglesias.
Realizada para **Babelia** en agosto de 2011.

SOBRE ESTA TRANSCRIPCIÓN:

Se ha utilizado el facsímil del manuscrito original de la Relación de Fr. Gaspar de Carvajal, depositado en la Biblioteca Nacional de España, (BNE).

Se ha consultado la transcripción hecha por el historiador chileno José Toribio Medina, publicada en Sevilla, en febrero 1895.

Dado que el manuscrito original fue encuadernado por un profesional descuidado que, con su cuchilla, cortó en exceso los bordes llevándose parte del texto, hemos utilizado la transcripción de Toribio Medina para remediar, en lo posible, esas faltas, pues él debió de manejar el manuscrito aún sin mutilar.

En cambio, para el resto del texto, hemos optado por la literalidad de lo escrito en el que hemos manejado; ej.: 24, en vez de veinticuatro; el alegría, en vez de la alegría; etc.

Tampoco hemos incorporado palabras o frases que Toribio Medina incluye y que no existen en el manuscrito de la BNE.

Los corchetes [...] indican las letras, sílabas o palabras que no están en el manuscrito de la BNE.

Ma de las Nieves Pinillos Iglesias.

Madrid, agosto de 2011, en el 500 Aniversario del nacimiento de Francisco de Orellana en Trujillo (Cáceres) .

Relacion de como se hizo guerra de armarazal fronte de la orden de Sancti de mago de San
de meho de ombriñ de fema en grande de ombriñ por muy gran venencia el capitan
orellana de de su naciñ fasta salir ala mar con 100 hombres de mas con figo
de rto a su abembar por el dho rio y por el nombre de capitan de de ombriñ de
mo el rio de orellana

Porra de meho se encuentra todo el dho dho jornada de adese suponer de rto
primi fiero de orellana era capitan y teniente de gobernar de la india de Sancti
ra qd el en nombre de su muy noble y magnifico asu asu y de la villa de ^{meho} pnerro vico de
los indios de perñ y por la mucha mucha de meho de una tierra donde se cria come
por servir a su muy noble de ombriñ de la dha amela gobernando y goyalo por
nombre de marqués venia a gobernar e quito la dha tierra al dho capitan tenia a cargo
y por ir al dho ombriñ de la dha tierra fue ala villa de quinto donde estaba el dho
goyalo pizarro al meho en la posesion de la dha tierra rto rto el dho capitan
de al dho goyalo pizarro vino guerra en un el en servicio de su muy noble y leba
amigos y gastos en su hacienda para meho servir y rto a merced el dho capitan se dot
afermura ala dha tierra e a cargo tenia y a cargo en guerra los dhas mucha
y dhas y para seguir mucha jornada gasto sobre guerra null pesos de oro
dhas necesidades y a cargo de guerra en la dha tierra de quinto donde de o al dho
goyalo pizarro y qd luego le fello era ya partido de suya rto el capitan e
bo en alguna confesion de lo qd abia de hacer y se de termino de pagar de
tra y lo seguir abia qd de la tierra de lo qd se rto por aver de pagar
tierra muy buena y fraga y de meho lo muestra en como abun rto a omñ
abun rto con muy gran rto de seme pero no obstante rto por servir a
muy de termino en rto rto rto de seguir trab el dho gobernar y
poderendo muchos trabajos asu de guerra como de guerra de los indios de
por no llevar muy de con muchos muchas veces de porian entran aprieto
poderiendo ser perdidos y muertos su nombre de rto y con este trabajo amimo
requis de de el quinto en el termino de los quales perdio gran cantidad de mor
e quando al congo al dho goyalo pizarro no llevaba sino una espada y una ro
y sus compañeros por el contingente y de su manera como en la provincia de mutin de
estaba el dho goyalo pizarro en su real y allí se firmo con el y fue rto mandado
de rto de lo venim en el dho capitan por rto rto en un dho goyalo pizarro y
vi entrar a el y sus compañeros de la manera e rto tengo pero lo qd de aqui
de la parte de rto sera uno qd de rto y habra dejen dos qd de parte de un
meho y mucha dha de ombriñ uno rto rto que adelante dire despues el dho capitan
tom luego al dho goyalo pizarro era gobernar fue en persona a de rto
la amela y no allo tierra ni posesion donde a su muy noble se aver servir
termino de pagar adelante y el dho capitan orellana en su seguir

RELACIÓN QUE ESCRIBIÓ FRAY GASPAR DE
CARVAJAL, FRAILE DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO
DE GUZMÁN, DEL NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL FAMOSO
RÍO GRANDE QUE DESCUBRIÓ, POR MUY GRAN VENTURA,
EL CAPITÁN ORELLANA, DESDE SU NACIMIENTO HASTA
SALIR A LA MAR, CON 56 HOMBRES QUE TRAJÓ CONSIGO,
Y SE ECHÓ A LA AVENTURA POR EL DICHO RÍO Y POR
EL NOMBRE DEL CAPITÁN QUE LE DESCUBRIÓ SE LLAMÓ
EL RÍO DE ORELLANA.

Descubrimiento del río de las Amazonas

PARA QUE MEJOR SE ENTIENDA todo el suceso desta jornada, se ha de presuponer que este capitán Francisco de Orellana era capitán y teniente de gobernador de la ciudad de Santiago¹, la cual él, en nombre de su majestad, pobló y conquistó a su costa, y de la villa nueva de Puerto Viejo² que es en las Indias del Perú, y por la mucha noticia que tenía de una tierra donde se había canela, por servir a su majestad en el descubrimiento de la dicha canela, sabiendo que Gonzalo Pizarro, en nombre del marqués, venía a gobernar e quitó la dicha tierra que el dicho capitán tenía a cargo y, para ir al descubrimiento de la dicha tierra, fue a la villa de Quito donde estaba el dicho Gonzalo Pizarro, a le meter en la posesión de su dicha tierra.

HECHO ESTO, el dicho capitán dijo al dicho Gonzalo Pizarro como quería ir con él en servicio de su majestad y llevar amigos y gastar su hacienda para mejor servir. Y, esto concertado, el dicho capitán se volvió a reformar a la dicha tierra que a cargo tenía y a dejar en quietud las dichas ciudades y villas y, para seguir la dicha jornada, gastó sobre cuarenta mil pesos de oro en las cosas necesarias y, aderezado, se partió para la villa de Quito donde dejó al dicho Gonzalo Pizarro y, cuando llegó, le halló que era ya partido, de cuya causa el capitán estuvo en alguna confusión de lo que había de hacer.

¹ De Guayaquil, Ecuador.

² Fundada en 1535.

Y SE DETERMINÓ de pasar adelante y lo seguir, aunque los vecinos de la tierra se lo estorbaban por haber de pasar por tierra muy belicosa y fragosa, y que temían lo matasen como habían hecho a otros que habían ido con muy gran acopio de gente. Pero, no obstante esto, por servir a su majestad determinó con todo este riesgo de seguir tras el dicho gobernador; y así, padeciendo muchos trabajos así de hambres como de guerras que los indios le daban, que por no llevar más de 23 hombres muchas veces le ponían en tanto aprieto que pensaron ser perdidos y muertos en manos de ellos.

Y CON ESTE TRABAJO caminó [...] leguas desde el Quito, en el término de las cuales perdió cuanto llevaba, de manera que, cuando alcanzó al dicho Gonzalo Pizarro, no llevaba sino una espada y una rodela y sus compañeros por el consiguiente, y desta manera entró en la provincia de Motin donde estaba el dicho Gonzalo Pizarro con su real, y allí se juntó con él y fue en demanda de la dicha canela.

Y CON QUE ESTO QUE HE DICHO hasta aquí no lo vi ni me hallé en ello, pero informeme de todos los que venían con el dicho capitán, porque estaba yo con el dicho Gonzalo Pizarro y vi entrar a él y a sus compañeros de la manera que dicho tengo. Pero lo que de aquí delante dijere será como testigo de vista y hombre de quien Dios quiso dar parte de un tan nuevo y nunca visto descubrimiento, como es éste que adelante diré.

DESPUÉS QUE EL DICHO CAPITÁN llegó al dicho Gonzalo Pizarro, que era gobernador, fue en persona a descubrir la canela y no halló tierra ni disposición donde a su majestad pudiese hacer servicio, y así determinó de pasar adelante, y el dicho capitán Orellana en su seguimiento con demás gente. Y alcanzó al dicho gobernador en un pueblo que se llamaba Quema, que estaba en unas sabanas a 130 leguas de Quito, y allí se tornaron a juntar, y el dicho gobernador, queriendo enviar por el río abajo a descubrir, hubo pareceres que no lo hiciese, porque no era cosa para seguir

un río y dejar las sabanas que caen a las espaldas de la villa de Pasto y Popayán, en que había muchos caminos.

Y TODAVÍA EL DICHO GOBERNADOR quiso seguir el dicho río, por el cual anduvimos 20 leguas al cabo de las cuales hallamos unas poblaciones no grandes, y aquí determinó el dicho Gonzalo Pizarro se hiciese un barco para atravesar el río de un cabo al otro por comida, que ya aquel río tenía media legua de ancho. Y aunque el dicho capitán era de parecer que no se hiciese el dicho barco por algunos buenos respetos, sino que diesen vuelta a las dichas sabanas y siguiésemos los caminos que iban al dicho ya poblado, el dicho Gonzalo Pizarro no quiso sino que se pusiese en obra el dicho barco. Y allí el capitán Orellana, visto esto, anduvo por todo el real buscando hierro para clavos y echando a cada uno la madera que había de traer, y desta manera y con el trabajo de todos se hizo el dicho barco, en el cual metió el dicho gobernador Pizarro alguna ropa y indios dolientes, y seguimos el río abajo otras 50 leguas al cabo de las cuales se nos acabó el poblado, y íbamos ya con muy gran necesidad y falta de comida, de cuya causa todos los compañeros iban muy descontentos y platicaban de se volver y no pasar adelante, porque se tenía noticia que había gran despoblado.

Y EL CAPITÁN ORELLANA, viendo lo que pasaba y la gran necesidad en que todos estaban y que había perdido todo cuanto tenía, le pareció que no cumplían con sus honras dar la vuelta sobre tanta pérdida, y así se fue al dicho gobernador y le dijo cómo el determinaba de dejar lo poco que allí tenía y seguir el río abajo, y que, si la ventura le favoreciese en que cerca hallase poblado y comida con que todos se pudiesen remediar, que él se lo haría saber, y que, si viese que se tardaba, que no hiciese cuenta de él y que, entre tanto, que se retrajese atrás donde hubiese comida, y que allí le esperase tres o cuatro días o el tiempo que le pareciese, y que si no viniese que no hiciese cuenta de él, y con esto el dicho gobernador le dijo que hiciese lo que le pareciese.

Y ASÍ EL CAPITÁN ORELLANA tomó consigo 57 hombres, con los cuales se metió en el barco ya dicho y en ciertas canoas que a los indios se habían tomado, y comenzó a seguir en río abajo con propósito de luego dar la vuelta si comida se hallase, lo cual salió al contrario de cómo todos pensábamos, porque no hallamos comida en doscientas leguas ni nosotros la hallábamos, de cuya causa padecemos muy gran necesidad, como adelante se dirá, y así íbamos caminando suplicando a Nuestro Señor tuviese por bien de nos encaminar en aquella jornada de manera que pudiésemos volver a nuestros compañeros.

EL SEGUNDO DÍA QUE SALIMOS y nos apartamos de nuestros compañeros nos hubiéramos de perder en medio del río, porque el barco dio en un palo y sumiole una tabla, de manera que, a no estar cerca de tierra, acabáramos allí nuestra jornada. Pero púsose luego remedio en sacarle del agua y ponerle un pedazo de tabla, y luego comenzamos nuestro camino con muy gran priesa y, como el río corría mucho, andábamos a 20 y a 25 leguas, porque ya el río iba crecido y aumentado así, por causa de otros muchos ríos que entraban en él por la mano diestra hacia el sur.

CAMINAMOS TRES DÍAS sin poblado ninguno; viendo que nos habíamos alejado de donde nuestros compañeros habían quedado, y que se nos había acabado lo poco que de comer traíamos para nuestro camino tan incierto como el que hacíamos, pensose en plática entre el capitán y los compañeros la dificultad y la vuelta y la falta de la comida porque, como pensábamos de dar luego la vuelta, no metimos de comer; pero, en confianza que no podíamos estar lejos, acordamos de pasar adelante, y esto no con poco trabajo de todos.

Y COMO A OTRO NI OTRO DÍA no se hallase comida ni señal de población, con parecer del capitán dije yo una misa como se dice en la mar, encomendando a Nuestro Señor nuestras personas y vidas, suplicándole como indigno nos sacase de tan manifiesto

trabajo y perdición, porque ya se nos traslucía; porque, aunque quisiésemos volver agua arriba, no era posible por la gran corriente, pues tentar de ir por tierra era imposible, de manera que estábamos en gran peligro de muerte a causa de la gran hambre que padecíamos y a que, estando buscando el consejo de lo que se debía de hacer platicando nuestra aflicción y trabajos, acordose que eligiésemos de dos males el que al capitán y a todos pareciese menor, que fue ir adelante y seguir el río e morir, e ver lo que en él había, confiando en Nuestro Señor que tendría por bien de conservar nuestras vidas hasta ver nuestro remedio.

Y, ENTRETANTO, a falta de otros mantenimientos, vinimos a tan gran necesidad que no comíamos sino cueros, cintas y suelas de zapatos cocido con algunas yerbas, de manera que era tanta nuestra flaqueza que sobre los pies no nos podíamos tener, que unos a gatas y otros con bordones se metieron a las montañas a buscar algunas raíces que comer, y algunos hubo que comieron algunas yerbas no conocidas, los cuales estuvieron a punto de muerte, porque estaban como locos y no tenían seso; pero, como Nuestro Señor era servido que siguiésemos nuestro viaje, no murió ninguno.

CON ESTA FATIGA DICHA, iban algunos compañeros muy desmayados, a los cuales el capitán animaba y decía que se esforzasen y hubiesen confianza en Nuestro Señor que, pues El nos había echado por aquel río, tendría por bien de nos sacar a buen puerto; de tal manera animó a los compañeros que recibiesen aquel trabajo.

EL DÍA DE AÑO NUEVO DE 42 pareció a ciertos compañeros de los nuestros que habían oído atambores de indios y algunos lo afirmaban y otros decían que no, pero algunos tanto se alegraron con esto y caminaron con mucha mas diligencia de la acostumbrada. Y como a lo cierto aquel día ni otro no se viera poblado, viose ser imaginación como en la verdad lo era, y desta causa, así

los enfermos como los sanos desmayaban en tanta manera que les parecía que ya no podían escapar. Pero, con las palabras que el capitán les decía les sustentaba y como Nuestro Dios es padre de misericordia y de toda consolación, que repara y socorre al que le llama en el tiempo de la mayor necesidad.

Y ES QUE ESTANDO lunes en la noche, que se contaron ocho del mes de enero, comiendo ciertas raíces montesinas, oyeron muy claramente atambores de muy lejos de donde nosotros estábamos, y el capitán fue el que lo oyó primero, y lo dijo a los compañeros, y todos escucharon; y certificados, fue tanta el alegría que todos sintieron que todo el trabajo pasado echaron en olvido, porque ya estábamos en tierra poblada y que ya no podíamos morir de hambre. El capitán proveyó luego en que por cuartos nos velásemos con mucho orden, porque por si podría ser los indios habernos sentido y venir de noche y dar sobre el real, como ellos suelen hacer. Y así aquella noche hubo una gran vela, no durmiendo el capitán, pareciendo que aquella noche sobrepujaba a las demás, porque deseaban tanto el día por verse hartos de raíces.

SIQUIERA VENIDA LA MAÑANA, el capitán mandó que se aderezase la pólvora y arcabuces y ballestas, y que todos fuesen a punto en armarse porque, a la verdad, aquí ninguno de los compañeros estaba con mucho cuidado por hacer lo que debían. El capitán tenía el suyo y el de todos, y así por la mañana, todo muy bien aderezado y puesto en orden, comenzamos a caminar en demanda del pueblo.

AL CABO DE DOS LEGUAS, que habíamos ido el río abajo, vimos venir por el río arriba cuatro canoas llenas de indios, a ver y requerir la nuestra y, como nos vieron, dan la vuelta a gran priesa dando alarma, en tal manera, que en menos de un cuarto de hora oímos en los pueblos muchos atambores que apellidaban la tierra, porque se oyen de muy lejos y son tan bien concertados que

tienen su contra y tenor y timple. Y luego, el capitán mandó que a muy gran priesa remasen los compañeros que llevaban los remos en las manos, porque llegásemos al primer pueblo antes que las gentes se percatasen. Y así fue, que a muy gran priesa comenzamos a caminar, y llegamos al pueblo adonde los indios todos estaban esperando a defender y guardar sus casas, y el capitán mandó que, con muy gran orden, saltasen todos en tierra y que todos mirasen por uno y uno por todos, y que ninguno se desmandase y, como buenos, mirasen lo que tenían entre manos, y que cada uno hiciese lo que era obligado.

FUE TANTO EL ÁNIMO que todos cobraron en viendo el pueblo, que olvidaron toda fatiga pasada, y los indios dejaron el pueblo con toda la comida que en él había, que no fue poco reparo y amparo para nosotros. Antes que los compañeros comiesen, aunque tenían harta necesidad, mandó el capitán que corriesen todos el pueblo, porque después, estando recogiendo comida y descansando, no revolviesen los indios sobre nosotros y nos hiciesen daño, y así se hizo.

AQUÍ COMENZARON LOS COMPAÑEROS a se vengar de lo pasado, porque no hacían sino comer de lo que los indios tenían pensado para sí y beber de sus brebajes. Y esto con tanta agonía que no pensaban verse hartos, y no se hacía esto muy al descuido porque, aunque comían como hombres lo que habían menester, no olvidaban de tener cuidado de los que les era necesario para defender sus personas, que todos andaban sobre aviso, las rodeas al hombro y las espadas debajo de los sobacos, mirando si los indios revolvían sobre nosotros, y así estuvimos en este descanso, que tal se puede llamar para nosotros, según el trabajo que habíamos pasado.

HASTA DOS HORAS DESPUÉS DE MEDIODÍA, que los indios comenzaron de venir por el agua a ver que cosa era, y así andaban como bobos por el río; y visto esto por el capitán, púsose sobre la

barranca del río, y en su lengua, que en alguna manera los entendía, comenzó de hablar con ellos y decir que no hubiesen temor y que llegasen que les quería hablar. Y así llegaron dos indios hasta donde estaba el capitán, y les halagó y quitó el temor, y les dio de lo que tenía, y dijo que les fuesen a llamar al señor, que les quería hablar y que ningún temor tuviese que les hiciese mal alguno. Y así, los indios tomaron lo que les fue dado y fueron luego a decirlo a su señor, el que vino luego muy lucido donde el capitán y los compañeros estaban, y fue muy bien recibido del capitán y de todos, y le abrazaron, y él mismo cacique mostró tener en sí mucho contentamiento en ver el buen recibimiento que se le hacía. Y luego el capitán le mandó dar de vestir y otras cosas con que él mucho se holgó.

Y DESPUÉS, ido tan contento que digo, que mirase el capitán de qué tenía necesidad que él se lo daría; y el capitán, le dijo que de ninguna cosa más que de comida le mandase proveer. Y luego el cacique mandó que trujesen comida sus indios y, con muy gran brevedad, trajeron abundantemente lo que fue necesario, así de carnes, perdices, pavas y pescados de muchas maneras y, después desto, el capitán lo agradeció mucho al cacique y le dijo que se fuese con Dios y que le llamase a todos los señores de aquella tierra, que eran 13, porque a todos juntos les quería hablar y decir la causa de su venida. Y el cacique le dijo que otro día serían todos con el capitán, y que él los iba a llamar, y se partió muy contento.

Y EL CAPITÁN QUEDÓ dando orden en lo que convenía a él y a sus compañeros, ordenando las velas para que así, de día como de noche, hubiese mucha precaución, porque los indios no diesen en nosotros ni hubiese descuido ni flojedad por donde tomasen ánimo de nos acometer de noche o de día.

OTRO DÍA, a hora de vísperas, vino el dicho cacique y trajo consigo otros tres o cuatro señores, que los demás no pudieron venir por estar lejos, que otro día vendrían. El capitán les hizo el

mismo recibimiento que al primero y les habló muy largo de parte de su majestad, y en su nombre tomó la posesión de la dicha tierra, y así hizo a todos los demás que después en esta provincia vinieron, porque como dije eran 13, y en todos tomó posesión en nombre de su majestad.

VIENDO EL CAPITÁN que toda la gente y señores de la tierra tenía de paz y consigo, que convenía al buen tratamiento, todos holgaban de venir de paz, y así tomó posesión en ellos y en su dicha tierra en nombre de su majestad, y después desto hecho, mandó juntar a sus compañeros para hablarles en lo que convenía a su jornada y salvamento y sus vidas, haciéndoles un largo razonamiento, esforzándoles con muy grandes palabras.

DESPUÉS DE HECHO este razonamiento el capitán, los compañeros quedaron muy contentos por ver el buen ánimo que el capitán en sí tenía, y ver con cuanta paciencia sufría los trabajos en que estaba, y le dijeron también muy buenas palabras y con las palabras que el capitán les decía andaban tan contentos que ninguna cosa de lo que trabajaban no sentían.

DESPUÉS QUE LOS COMPAÑEROS estuvieron retomados algún tanto de la hambre y trabajo pasado, estando para trabajar, el capitán viendo que era necesario proveer de lo adelante, mandó llamar a todos sus compañeros que con el barco que llevábamos e canoas, si Dios fuese servido de nos aportar a la mar, no podíamos en ellos salir a salvamento, y por esto era necesario procurar con diligencia otro bergantín que fuese de más porte porque pudiésemos, aunque no había entre nosotros maestro que supiese tal oficio, porque lo que más dificultoso allá era el hacer los clavos.

Y, EN ESTE TIEMPO, los indios no dejaban de acudir y venir al capitán y traerle de comer muy largo y con tanto orden como si toda su vida hubieran servido. Y venían con sus joyas y pate-

nas de oro y jamás el capitán consintió tomar nada, ni aún solamente mirarlo, porque los indios no entendiesen que lo teníamos en algo, y mientras más en esto nos descuidábamos, más oro se echaban a cuestras.

AQUÍ NOS DIERON NOTICIA de las amazonas y de la riqueza que abajo hay, y el que la dio fue un indio llamado Aparia, viejo que decía haber estado en aquella tierra, y también nos dio noticia de otro señor que estaba apartado del río, metido en la tierra adentro, el cual decía poseer muy gran riqueza de oro. Este señor se llama Ira; nunca le vimos porque, como digo, se quedó desviado del río.

E POR NO PERDER EL TIEMPO, ni malgastar la comida en balde, mandó el capitán que luego se pusiese por obra de lo que se había de hacer, y así mandó aparejar lo necesario, y los compañeros dijeron que querían en comenzar luego su obra; y hubo entre nosotros dos hombres, a los cuales no se debe poco por hacer lo que nunca aprendieron, y parecieron ante el capitán y le dijeron que ellos, con ayuda de Nuestro Señor, harían los clavos que fuesen menester, que mandase a otros hacer carbón.

ESTOS DOS COMPAÑEROS se llamaban el uno Juan de Alcántara³, hidalgo natural de la villa de Alcántara, y el otro Sebastián Rodríguez, natural de Galicia, y el capitán se lo agradeció prometiéndoles el galardón y pago de tan gran obra. Y luego mandó hacer unos fuelles de borceguíes y así todas las demás herramientas. Y a los demás compañeros mandó que de tres en tres diesen buena hornada de carbón, lo cual se puso luego por obra, y tomó cada uno su herramienta y se van al monte a cortar leña y traerla a cuestras desde el monte hasta el pueblo, que habría media legua, y hacen sus hoyos, y esto con muy gran trabajo. Como estaban flacos y no diestros en aquel oficio no podían sufrir la

³ Con Orellana fueron dos Juan de Alcántara; los dos murieron en el viaje.

carga, y los demás compañeros que no tenían fuerza para cortar madera sonaban los fuelles, y otros acarreaban agua, y el capitán trabajaba en todo, de manera que todos teníamos qué entender.

DIOSE TAN BUENA MANERA nuestra compañía en este pueblo, en la fábrica de esta obra, que en 20 días, mediante Dios, se hicieron 2000 clavos muy buenos y otras cosas. Y dejó el capitán la obra del bergantín para donde hallase más oportunidad y mejor aparejo.

DETUVÍMONOS EN ESTE PUEBLO más de lo que habíamos de estar, comiendo lo que teníamos, de tal manera que fue parte para que dende en adelante pasásemos muy gran necesidad. Y esto fue por ver si por alguna vía o manera podíamos saber nueva del real y, visto que no, el capitán acordó de dar mil castellanos a seis compañeros si, juntándose, quisiesen ir a dar la nueva al gobernador Gonzalo Pizarro, y demás desto les darían dos negros que les ayudasen a remar y algunos indios para que le llevasen cartas y le diesen de su parte nueva de lo que pasaba. Y, entre todos, no se hallaban sino tres, porque todos temían la muerte, que les estaba cierta, por lo que habían de tardar hasta llegar a donde habían dejado al dicho gobernador, y que él, pues todo lo demás era desierto, habría dado ya la vuelta, porque habían andado 150 leguas desde que habían dejado al gobernador, en nueve días que habían caminado.

ACABADA LA OBRA, y visto que la comida se nos apuraba y que se nos habían muerto 7 compañeros de la hambre pasada, partimos el día de Nuestra Señora de la Candelaria. Metimos la comida que pudimos, porque ya no era tiempo de estar más en aquel pueblo, lo uno porque a los naturales parecía que se les hacía de mal y querían dejarlos muy contentos, y lo otro porque no perdiésemos el tiempo y gastásemos la comida sin provecho, porque no sabíamos si la habríamos menester.

Y ASÍ COMENZAMOS A CAMINAR por esta dicha provincia, y no habíamos andado obra de 20 leguas cuando se juntó con nuestro

río otro por la diestra mano, no muy grande, en el cual río tenía su asiento un principal señor llamado Irrimorrani. Y por ser indio y señor de mucha razón y haber venido a ver el capitán y le traer de comer, quiso ir a su tierra, pero también fue por causa de que venía el río muy recio y con grande avenida, y aquí estuvimos en punto de nos perder, porque al entrar, que entraba este río en el que nosotros navegábamos, peleaba la una agua con la otra, y traía mucha madera de un cabo a otro, que era trabajo navegar por él, porque hacía muchos remolinos y nos traía a un cabo y a otro.

PERO CON HARTO TRABAJO salimos deste peligro sin poder tomar el pueblo y pasamos adelante, donde teníamos nueva de otro pueblo que nos decían que estaba de allí a doscientas leguas, pues todo lo demás era desierto; así, las caminamos con mucho trabajo de nuestras personas, padeciendo muchas necesidades y peligros muy notables, entre los cuales nos aconteció un desmán y no pequeña alteración para el tiempo en que estábamos. Y fue que dos canoas en que iban 11 españoles de los nuestros se perdieron entre unas islas sin saber donde estábamos ni los poder topar. Anduvieron dos días perdidos sin nos poder topar y nosotros, pensando nunca los cobrar, estábamos con muy gran pasión. Pero, al cabo deste dicho tiempo, fue Nuestro Señor servido que nos topamos, que no fue poca el alegría entre todos y así estábamos con tanta alegría que nos parecía que todo el trabajo pasado se nos había olvidado. Después de haber un día descansado adonde los topamos, mandó el capitán que caminásemos.

OTRO DÍA, A LAS 10 HORAS, llegamos a otras poblaciones en las que estaban los indios en sus casas y, por no los alborotar, no quiso el capitán que llegásemos allá, y mandó a un compañero que fuese con otros 20 adonde los indios estaban, y que no saltasen en sus casas ni saliesen en tierra, sino que con mucho amor les dijese la gran necesidad en que íbamos, y que nos diesen de comer, y que viniesen a hablar al capitán, que quedaba en medio del río porque les quería dar de lo que traía y decir la causa de su

venida. Los indios se estuvieron quedos y holgaron mucho en ver a nuestros compañeros, y les dieron mucha comida de tortugas y papagayos en abundancia, y les dijeron que dijese al capitán que se fuese a aposentar a un pueblo que estaba despoblado, de la otra parte del río, y que otro día, de mañana, le irían a ver.

EL CAPITÁN HOLGÓ MUCHO con la comida, y más con la buena razón de los indios, y así nos fuimos a aposentar y dormimos aquella noche en el ya dicho pueblo donde no nos faltaron abundancia de mosquitos, que fue causa que otro día de mañana el capitán se fuese a otro pueblo mayor que parecía más abajo. Y llegados los indios, no se pusieron en resistencia, antes estuvieron quedos, y allí holgamos tres días, adonde los indios vinieron de paz a traernos de comer muy largo.

OTRO DÍA, PASADOS LOS TRES, salimos deste pueblo y caminamos por nuestro río a vista de buenos pueblos. Y yendo así un domingo de mañana a una división que el río hacía, que se partía en dos partes, subieron a vernos unos indios en cuatro o cinco canoas, que venían cargados de mucha comida, e se llegaron cerca de donde venía el capitán y pidieron licencia para llegar porque le querían hablar al dicho capitán, el cual mandó que llegasen, y así llegaron, le dijeron cómo ellos eran principales y vasallos de Aparian, y que por su mandado venían a traernos de comer, y comenzaron a sacar de sus canoas muchas perdices, como de las de nuestra España, sino que son mayores, y muchas tortugas, que son tan grandes como adargas, y otros pescados. El capitán se lo agradeció y les dio de lo que tenía, y después de se lo haber vendido, los indios quedaron muy contentos de ver el buen tratamiento que se les hacía. Y, en verdad, se les entendía su lengua, que no fue poco para que nosotros saliésemos a puerto de claridad que, a no lo entender, tuviéramos por dificultosa nuestra salida.

YA QUE LOS DICHOS INDIOS se querían despedir, dijeron al capitán que fuese al pueblo donde residía su principal señor, que

como digo se llamaba Aparian, y el capitán les dijo que por cual de los dos brazos habían de ir y ellos respondieron que ellos nos guiarían, que fuésemos en su seguimiento.

Y ASÍ, A POCO RATO, vimos las poblaciones donde estaba el dicho señor y, caminando hacia allá, el capitán tornó a preguntar a los indios que cuyas eran aquellas poblaciones; los indios respondieron que allí estaba el sobredicho señor, y así comenzaron de irse hacia el pueblo a dar mandado cómo íbamos. Y notando que vimos salir muchos indios a se embarcar en sus canoas, a manera de hombres de guerra, y pareció querernos acometer, el capitán mandó a sus compañeros, que veían la muestra que los indios hacían, que fuesen a punto con sus armas aparejadas porque, si nos acometiesen, no fuesen parte para hacernos daño.

Y CON MUCHO ORDEN, remando y a mucha fuerza, abordamos en tierra, y los indios pareció desviarse. El capitán saltó en tierra con sus armas y tras él todos los demás, y desto quedaron los indios muy espantados y se llegaron más a tierra. El capitán, como les entendiese, que, como dicho tengo, el entender él la lengua fue parte, después de Dios, para no quedarnos en el río, que, a no la entender, ni los indios salieran de paz, ni nosotros advertiríamos en estas poblaciones.

MAS, COMO ERA Nuestro Señor servido que tan gran secreto y descubrimiento se fuese y viniese a noticia de su Cesárea Majestad, y con tanta dificultad se descubrió, e que por otra vía ni fuerza ni poderío humano era posible descubrirse sin poner Dios en ello su mano, e sin que pasasen muchos siglos y años, después que el capitán llamó a los indios e les dijo que no hubiesen temor e que saltasen en tierra y ellos así lo hicieron, que se llegaron junto a tierra, mostrando en su semblante que se holgaban de nuestra venida, e saltó el señor en tierra, y con él muchos principales y señores que lo acompañaban, y pidió licencia al capitán para se asentar, y así se asentó y toda su gente en pie, e mandó sacar de

sus canoas mucha cantidad de comida, así de tortugas como de manatís⁴ y otros pescados, y perdices, y gatos y monos asados.

VIENDO EL CAPITÁN el buen comedimiento del señor, le hizo un razonamiento dándole a entender cómo éramos cristianos y adorábamos un sólo Dios, el cual era creador de todas las cosas criadas, y que no éramos como ellos, que andaban errados adorando en piedras y bultos hechos, y sobre este caso les dijo otras muchas cosas, y también les dijo cómo éramos criados y vasallos del Emperador de los cristianos, gran rey de España, y se llamaba don Carlos nuestro señor, cuyo es el imperio de todas las Indias y otros muchos señoríos y reinos que hay en el mundo, y que por su mandado íbamos a aquella tierra, y que le íbamos a dar razón de lo que habíamos visto en ella. Y estaban muy atentos y con mucha atención escuchando lo que el capitán decía, y le dijeron que si íbamos a ver las amazonas, que en su lengua las llaman coniu puyara, que quieren decir grandes señoras, que mirásemos lo que hacíamos, que éramos pocos y ellas muchas, que nos matarían, que no estuviésemos en su tierra, que allí nos darían todo lo que hubiésemos menester. El capitán le dijo que no podían hacer otra cosa sino pasar de largo para dar razón a quien le enviaba, que era su rey y señor.

Y DESPUÉS QUE EL CAPITÁN HABLÓ, y que parecía que los oyentes quedaban muy contentos, aquel principal señor preguntó que quien era aquel, y queriéndose mejor informar de lo que se le decía, por ver si el capitán discrepaba de lo dicho, el cual le respondió lo mesmo que le había dado a entender, y le dijo más: que éramos hijos del Sol y que íbamos a aquel río abajo, como ya le había dicho. Desto se espantaron mucho los indios, y mostraron mucha alegría, teniéndonos por santos o personas

⁴ El manatí, aunque vive en el agua, no es un pescado, como parece dar a entender el P. Carvajal, sino un mamífero al que, vulgarmente, se le conoce como “vaca marina”.

celestiales, porque ellos adoran y tienen por su dios al sol, que ellos llaman Chise. Luego dijeron al capitán que ellos eran suyos y que le querían servir, y que mirase de qué tenía necesidad él y sus compañeros, que él se lo daría muy de su voluntad. El capitán se lo agradeció mucho y mandó luego dar muchas cosas, y a los demás principales, y quedaron tan contentos que dende en adelante ninguna cosa el capitán les pedía que luego no se lo daban, y se levantaban todos en pie y dijeron al capitán que se aposentase en el pueblo, que ellos se lo dejarían desembarazado, y que se querían ir a sus casas y que cada día vendrían a traernos de comer.

EL CAPITÁN LES MANDÓ que viniesen todos los señores a verle, porque quería darles de lo que tenía. El señor dijo que otro día vendrían, y así vinieron todos con muy grande abundancia de comida, y fueron bien recibidos y tratados por el capitán, y a todos juntos les tornó a hablar lo que primero había dicho al principal señor. Y tomó posesión en nombre de su majestad en todos, y los señores eran 26. Y en señal de posesión mandó poner una cruz muy alta, con la cual los indios se holgaron, y de en adelante cada día los indios venían a traernos de comer, y hablaban con el capitán que de esto se holgaban ellos mucho.

VISTO POR EL CAPITÁN el buen aparejo y disposición de la tierra, y la buena voluntad de los indios, mandó juntar a todos sus compañeros y les dijo que pues había allí buen aparejo y voluntad en los indios, que sería bien hacer un bergantín; y así se puso por obra y hallóse entre nosotros un entallador llamado Diego Mexía el cual, aunque no era su oficio, dio orden de cómo se había de hacer, e luego el capitán mandó partir por todos los compañeros que cada uno trujese una cuaderna y dos estameñas⁵, y a otros que trajesen la quilla, y a otros las rodas⁶, y a otros que aserrasen tabla de madera, que todos tengan bien en que se ocupar no sin

⁵ Tejido de lana, sencillo y común.

⁶ Pieza gruesa y curva, de madera o hierro, que forma la proa de la nave.

poco trabajo de sus personas, porque como era invierno y la madera estaba muy lejos, cada cual tomaba su hacha y iba al monte y cortaba lo que le cabía, y lo acarreaba a cuestras, y mientras unos acarreaban, otros les hacían espaldas porque los indios no les hiciesen mal. Y desta manera, en 7 días se cortó toda la madera para el dicho bergantín.

Y ACABADA ESTA TAREA, luego fue dada otra, que fue que mandó facer carbón para hacer más clavos y otras cosas. Era cosa maravillosa de ver con cuanta alegría trabajaban nuestros compañeros y acarreaban el carbón, y así se proveyó todo lo demás necesario. No había hombre entre todos nosotros que fuese acostumbrado a semejantes oficios pero, no obstante todas estas dificultades, Nuestro Señor daba a todos ingenio para lo que se había de hacer, pues que era para salvar las vidas, porque de allí saliéramos con el barco y canoas, dando como dimos después en gente de guerra, ni nos pudiéramos defender ni salir del río en salvamento. Y así pareció claramente que Dios inspiró en el capitán que, en este pueblo que he dicho, se hiciese un bergantín, porque adelante era imposible, y éste se halló muy a propósito, porque los indios no faltaron de siempre nos traer de comer muy abundantemente de la manera que el capitán se lo pedía.

DIOSE TANTA PRIESA en esta obra del bergantín, que en 35 días se labró y se echó al agua calafateado con algodón e betunado con pez, de lo que los indios traían, porque el capitán se lo pedía. No fue poco el alegría de nuestros compañeros por haber acabado aquello que tanto deseaban. Había tantos mosquitos en este pueblo que no nos podíamos valer de día ni de noche, sin que los unos a los otros no sabíamos qué hacernos, que con la buena posada no sentíamos el trabajo, y con el deseo que teníamos de ver el fin de nuestra jornada.

EN ESTE MEDIO TIEMPO, estando en esta obra, vinieron cuatro indios a ver al capitán, los cuales llegaron y eran de estatura que cada uno era más alto un palmo que el más alto cristiano; eran

muy blancos y tenían muy buenos cabellos que les llegaban a la cintura, muy enojados de oro y ropa y traían mucha comida, y llegaron con tanta humildad que todos quedamos espantados de sus disposiciones y buena crianza. Sacaron mucha comida y pusieronla delante del capitán, y le dijeron cómo ellos eran vasallos de un señor muy grande, y que por su mandado venían a ver quién éramos o qué queríamos o dónde íbamos, y el capitán les recibió muy bien y, primero que les hablase, les mandó muchas joyas que ellos tuvieron en mucho y se holgaron.

EL CAPITÁN LES DIJO todo lo que había dicho al señor Aparia, de lo que los indios quedaron no poco espantados, y los indios dijeron al capitán que ellos se querían ir a dar respuesta a su señor, que les diese licencia. El capitán se la dio y que se fuesen en hora buena, y les dio muchas cosas, que viesen a su principal señor y que le dijiesen que el capitán le rogaba mucho le viniese e ver, porque se holgaría mucho con él, y ellos dijeron que así lo harían. Y nunca más supimos nuevas de dónde eran ni de qué tierra habían venido.

PASAMOS EN ESTE MISMO ASIEN TO toda la Cuaresma, donde se confesaron todos los dichos compañeros con dos religiosos que allí estábamos, y yo prediqué todos los domingos y fiestas, el mandado, la Pasión y Resurrección, lo mejor que Nuestro Redentor me quiso dar a entender con su gracia. Y procuré de ayudar y esforzar lo que yo pude y la perseveración de su buen ánimo a todos aquellos hermanos y compañeros, acordándoles que eran cristianos y que servirían mucho a Dios y al emperador en proseguir la empresa y comportar con paciencia los trabajos presentes y por venir, hasta salir con este nuevo descubrimiento, demás de ser esto lo que a sus vidas y honras tocaba. Así que, en este propósito, dije lo que me parecía cumpliendo con mi oficio y, también, porque me iba la vida en el buen suceso de nuestra peregrinación.

TAMBIÉN PREDIQUE el domingo de Cuasimodo, y puedo testificar con verdad que, así el capitán como todos los demás compa-

ñeros, tenían tanta clemencia y espíritu y santidad de devoción en Jesucristo y su sagrada fe, que bien mostró Nuestro Señor que era su voluntad de nos socorrer. El capitán me rogaba que predicase y todos entendiesen en sus devociones con mucho fervor, como personas que lo habían muy bien menester, de pedir a Dios misericordia.

ADOBOSE TAMBIÉN el barco pequeño, porque venía ya podrido y, así todo muy bien aderezado y puesto a punto, el capitán mandó que todos estuviesen aparejados y hiciesen matalotaje⁷ porque, con ayuda de Nuestro Señor, quería partirse el lunes adelante.

UNA COSA NOS ACONTECIÓ en este pueblo no de poco espanto, y fue que Miércoles de Tinieblas y el Jueves Santo y Viernes de la Cruz nos hicieron los Indios ayunar por fuerza porque no nos trajeron de comer hasta el Sábado víspera de Pascua, y el capitán les dijo que por qué no nos habían traído de comer y ellos dijeron que porque no lo habían podido tomar. Y así, el Sábado y Domingo de Pascua y Domingo de Cuasimodo fue tanta la comida que trujeron que lo echábamos en el campo.

PARA QUE TODO FUESE como convenía y con orden, fizo alférez a un hidalgo muy suficiente para el oficio, llamado Alonso de Robles⁸, el cual, después que llegamos a tierra de guerra, el capitán le mandaba saltar con algunos compañeros a recoger comida para todos, y el capitán queda a guardar los bergantines, los que eran en este viaje todo nuestro bien y amparo después de Dios, porque los indios no deseaban otra cosa sino quitárnoslos.

PARTIMOS DEL ASIENTO y nuevo pueblo de Aparia con el nuevo bergantín, el cual fue de diez y nueve joas⁹, bastante para navegar por la mar, víspera del Evangelista San Marcos, a veinte y cuatro

⁷ Preparación de la comida que se lleva en una embarcación.

⁸ Era natural de Don Benito (Badajoz).

⁹ Recrecimiento de los maderos de los costados de una nave.

de abril del año sobredicho, que venimos por las poblaciones de aquel señorío de Aparia, las cuales duraron más de 80 leguas, sin hallar indio de guerra. Antes, el mismo cacique vino a hablar y traer de comer al capitán, y a nosotros, y holgamos en un pueblo suyo el sobredicho día de San Marcos, adonde el mismo señor vino a traernos muy largo de comer y el capitán le recibió muy bien, y no se le hizo mal tratamiento porque el intento y deseo del capitán era porque, si posible fuese, quedase aquella tierra y gente bárbara con buen respeto por no haberle conocido en descontentamiento alguno, porque desto sería servido Dios Nuestro Señor y el rey nuestro señor. Y, cuando su majestad pluguiera, con más facilidad nuestra sagrada república y fe cristiana y la bandera de Castilla se aumentase, y la tierra se hallase más doméstica por pacificalla y ponella debajo de la obediencia de su real servicio conviniese, porque junto con hacerse esto con buen tiento y claridad, era asimismo para conservar lo necesario el buen tratamiento que se hiciese a los indios, por poder pasar adelante y que no se usase el remedio de las armas, sino cuando no se pudiese excusar la defensa propia.

EN ESTA CAUSA, aunque hallábamos los pueblos despoblados, viendo el buen tratamiento que se les hacía, en toda la sobredicha provincia nos proveyeron de mantenimientos. Desde a pocos días, cesaron los indios; en esto conocimos que estábamos fuera del señorío y población de aquel gran señor Aparia.

TEMIENDO EL CAPITÁN lo que podía venir a causa del poco mantenimiento, mandó caminar los bergantines con más priesa de la acostumbrada. Un día, por la mañana, que habíamos partido de un pueblo, salieron a nosotros dos indios en una canoa y llegaron cerca del bergantín donde iba el capitán, y entraron dentro, y el más viejo de ellos, pensando el capitán que sabía la tierra y que nos podía llevar el río abajo, mandó que se quedase dentro, y el otro envió a su casa. Y comenzamos a seguir nuestro río, el cual indio no sabía ni había navegado, al cual el capitán mandó

soltar y que se volviese a su tierra. De allí adelante pasamos más trabajo y más hambre [...]. [...] monte y no hallábamos adonde dormir, ni menos se podía tomar ningún pescado; así que nos era necesario comer nuestro acostumbrado manjar, que era yerbas y, de cuando en cuando, un poco de maíz tostado.

VINIENDO CAMINANDO con nuestro trabajo y mucha hambre, un día, a mediodía, llegamos a un asiento alto que pareció haber sido poblado y tener disposición para buscar alguna comida o pescados, y fue aqueste día, día de San Juan Ante-portamlatinam, que era 6 de mayo, y allí se sugirió un caso que yo no le osara escribir, si no tuviera tantos testigos, que a ello se hallaron presentes. Y fue que un compañero ya nombrado, que es el que dio orden en el bergantín, tiró a una iguana con una ballesta, que estaba en un árbol junto al río, y saltó la nuez¹⁰ de la caja y cayó en el río, y estando en ninguna confianza de cobrar la nuez, otro compañero llamado Contreras¹¹, echó un anzuelo en el río con una barra y sacó un pescado de cinco palmos, y como era grande y el anzuelo pequeño, fue menester sacallo con maña, y abierto, dentro del buche se halló la nuez de la ballesta, y así se reparó, que no fue después poco menester porque, después de Dios, sus ballestas nos dieron las vidas.

CUMPLIDOS DOCE DÍAS DE MAYO, llegamos a las provincias de Machiparo, que es muy gran señor y de mucha gente, y confina con otro señor tan grande llamado Omaga, y con amigos que se juntan para dar guerra a otros señores que están la tierra adentro, cuales vienen cada día a echar de sus casas. Este Machiparo está asentado sobre el mismo río, en una loma, y tiene muchas y muy grandes poblaciones que juntan de pelea 55 mil hombres de edad de 30 años hasta 70, porque mozos no salen a la guerra, ni en cuantas batallas nosotros con ellos hubimos no les vimos

¹⁰ Hueso sujeto al tablero de la ballesta para armar la cuerda.

¹¹ Gabriel Contreras, del Maestrazgo.

si no fueron viejos, y estos muy dispuestos y tienen bozos¹² y no barbas.

ANTES QUE LLEGÁSEMOS a este pueblo con dos leguas, vimos estar blanqueando los pueblos, y no habíamos andado mucho, cuando vimos venir por el río arriba muy gran cantidad de canoas, todas puestas a punto de guerra, lucidas, y con sus paveses¹³ que son de conchas, de lagartos y de cueros de manatí y de dantas, tan altos como un hombre, porque todos los cubren. Traían muy gran grita, tocando muchos atambores y trompetas de palo, amenazándonos que nos habían de comer.

LUEGO EL CAPITÁN MANDÓ que los dos bergantines se juntasen, porque el uno al otro se favoreciesen, y que todos tomasen sus armas y mirasen lo que tenían delante y viesen la necesidad que tenían de defender sus personas y pelear por salir a buen puerto, y que todos se encomendasen a Dios, que El nos ayudaría en aquella necesidad grande en que estábamos. Y, en este medio tiempo, los indios se venían acercando, hechos sus escuadrones para nos tomar en medio; y así, venían tan ordenadamente y con tanta soberbia que parecía que ya nos tenían en sus manos, y nuestros compañeros estaban con tanto ánimo, que les parecía que no bastaba para cada uno 4 indios.

Y ASÍ, LLEGARON LOS INDIOS, hasta que nos comenzaron a ofender. Luego, el capitán mandó que aparejasen los arcabuces y ballestas.

AQUÍ NOS ACONTECIÓ UN DESMÁN no pequeño para el tiempo en que estábamos, que fue que los arcabuceros hallaron húmeda la pólvora, a causa de lo cual no aprovecharon nada y fue la causa que la falta de los arcabuces supliesen las ballestas, y así comenzaron

¹² Vello de los jóvenes sobre el labio superior antes de nacer la barba.

¹³ Escudo oblongo y de suficiente tamaño para cubrir casi todo el cuerpo.

nuestros ballesteros a hacer algún daño en los enemigos, porque estaban cerca, y nosotros temerosos. Y visto los indios que tanto daño se les hacía, comenzaron a detenerse no mostrando punto de cobardía, antes les parecía que les crecía el ánimo, y siempre les venía mucha gente de socorro, y todas las veces que les venían nos comenzaban a acometer tan osadamente que parecía [...] los bergantines.

DESTA MANERA FUIMOS PELEANDO hasta llegar al pueblo, donde había muy gran cantidad de gente puestas sobre las barrancas en defensa de sus casas. Aquí tuvimos una batalla peligrosa, porque como había muchos indios por el agua y por la tierra, y de todas partes nos daban cruda guerra, y así fue necesario, aunque con riesgo al parecer de todas nuestras personas, acometimos y tomamos el primer puesto, adonde los indios no dejaban saltar en tierra a nuestros compañeros, porque lo defendían muy animosamente y, si no fuera por las ballestas, que aquí hicieron señalados tiros, por donde pareció ser bien providencia divina lo de la nuez de la ballesta, no se ganara el puerto.

Y ASÍ, EN ESTA AYUDA ya dicha, sabordaron los bergantines en tierra y saltaron al agua la mitad de nuestros compañeros, y dieron en los indios de tal manera que los hicieron huir, y la otra mitad quedó en los bergantines, defendiéndolos de la otra gente que andaba en el agua, que no dejaban, aunque estaba ganada la tierra, de pelear. Aunque se les hacía daño con las ballestas, no por eso dejaban de seguir su mal propósito.

GANADO EL PRINCIPIO DE LA POBLACIÓN, el capitán mandó al alférez que con veinticinco hombres corriesen la población y echasen los indios de ella, y mirasen si había comida, porque pensaba descansar en el sobredicho pueblo 5 ó 6 días para nos reformar del trabajo pasado. Y así fue el alférez como media legua por el pueblo adelante, y esto no sin trabajo porque, aunque los indios se retraían, íbanse defendiendo como hombres que les pesaba de salir de sus casas. Y como los indios, cuando no salen con

su intención al principio, siempre huyen hasta la segunda instancia a revolver en sí, iban, como digo, huyendo, y visto por el dicho alférez la mucha población y gente, acordó de no pasar adelante, sino dar la vuelta y decir al capitán lo que pasaba.

Y ASÍ, VOLVIÓ sin que los indios le hiciesen mal y, llegado al principio de la población, halló que el capitán estaba aposentado en las casas y todavía le daban guerra por el agua. Y le dijo todo lo que pasaba, y cómo había gran cantidad de comida, así de tortugas en corrales y alberques de agua, y mucha carne y pescado y bizcocho, y esto con tanta abundancia que había para comer un real de 1.000 hombres un año. Y visto por el capitán el buen pasto, acordó de recoger comida para descansar, como dicho tengo, y para esto mandó llamar a Cristóbal Maldonado y le dijo que tomase una docena de compañeros y fuese a coger toda la comida que pudiese, y así fue. Y, cuando llegó, halló que los indios andaban por el pueblo sacando la comida que tenían.

EL DICHO CRISTÓBAL MALDONADO trabajó de recoger la comida y, teniendo recogidas más de 1.000 tortugas, revuelven los indios y de segunda vez venía ya mucha cantidad de gente, y muy determinados de los matar y pasar adelante, fue a dar adonde estábamos con el capitán, y visto por el dicho Cristóbal Maldonado la revuelta de los indios, llama a sus compañeros y acometiolos. Y aquí se detuvieron mucho, porque los indios eran más de 2.000 y los compañeros que estaban con Cristóbal Maldonado no eran más de diez. Y tuvieron bien que hacer para se defender.

AL CABO, DIOSE tan buena maña que se desbarataron y vuelven a coger la comida, y desta segunda pelea venían ya dos compañeros heridos y, como la tierra era muy poblada y de cada día los indios se reformaban y rehacían, tornan a revolver sobre el dicho Cristóbal Maldonado, tan denodadamente, que quisieron y pusieron por obra de tomar a manos a todos, y desta arremetida

hirieron sus compañeros muy mal, unos pasados brazos y a otros piernas, y al dicho Cristóbal Maldonado pasaron un brazo y le dieron un varazo en el rostro. Aquí se vieron en muy gran aprieto y necesidad, porque los compañeros, como estaban heridos y [...] no podían ni atrás ni adelante, y así pensaron todos de ser muertos, y decían que se volviesen a donde estaban su capitán, y el dicho Cristóbal Maldonado les dijo que no pensasen en tal cosa, porque él no pensaba de volver a donde estaba su capitán quedando los indios con victoria. Y así, recogió de los compañeros los que estaban para pelear, y se puso en defensa y peleó tan animosamente que fue parte para que los indios no matasen a todos nuestros compañeros.

EN ESTE TIEMPO, los indios habían venido por la parte de arriba a dar por dos partes a donde estaba nuestro capitán y, como estábamos todos cansados del mucho pelear y descuidados pensando que teníamos las espaldas seguras, por andar Cristóbal Maldonado fuera, pareció que Nuestro Señor alumbró al capitán para que enviase al sobredicho que, a no le enviar o no se hallar donde se halló, tengo por cierto que corríamos mucho riesgo de las vidas. Y, como digo, nuestro capitán y todos estábamos descuidados y desarmados de tal manera que los indios hubieron lugar de entrar en el pueblo a dar en nosotros, sin que fuesen sentidos; y, cuando se sintieron, andaban entre nosotros y tenían derribados 4 de nuestros compañeros, muy mal heridos, y en este tiempo los vio un compañero nuestro llamado Cristóbal de Aguilar¹⁴, el cual se puso delante peleando muy animosamente, dando alarma, lo cual oyó nuestro capitán, el cual salió a ver qué era, desarmado, con una espada en la mano, y vio que tenían los indios cerradas las casas donde estaban nuestros compañeros y, demás desto, estaba en la plaza un escuadrón de más de 500 indios.

¹⁴ Era criollo y mestizo, por ser hijo del licenciado Marcos de Aguilar y de una india de La Española. Tenía unos 28 años.

EL CAPITÁN COMENZÓ A DAR VOCES y así subieron unos compañeros tras el capitán, y acometieron al escuadrón con tanto denuedo que los desbarataron, haciendo daño en los indios. Pero no dejaron de pelear y defender, de manera que hirieron 9 compañeros de malas heridas y, al cabo de dos horas que andábamos peleando, los indios fueron vencidos y desbaratados, y los nuestros muy cansados.

EN ESTE ENCUENTRO se señalaron muchos de nuestros compañeros, que antes no habían visto para lo que eran y no los teníamos en tanto, porque todos mostraron bien la necesidad en que estábamos, porque hubo hombre que con una daga se metió en medio de los enemigos, y peleó tan bien que todos nos espantamos, y salió con un muslo atravesado. Este se llama Blas de Medina¹⁵.

DESPUÉS DE PASADO ESTO, envió el capitán a saber qué era de Cristóbal Maldonado y cómo le iba, el cual toparon en el camino, que venía ya donde estaba el capitán, él e todos heridos, e un compañero que se llamaba Pedro de Ampudio¹⁶, que se halló con él, dende a ocho días murió de las heridas; era natural de Ciudad Rodrigo.

LLEGADO EL DICHO Cristóbal Maldonado donde estaba el capitán, aquí mandó el capitán que los heridos se curasen, que eran 18 y no había otra cura sino cierto ensalmo y, con ayuda de Nuestro Señor, dentro de 15 días todos estaban sanos, excepto el que murió.

ESTANDO EN ESTO, vinieron a decir al capitán cómo los indios revolvían y que estaban junto a nosotros, en un paso, aguardan-

¹⁵ Era de Medina del Campo (Valladolid) y, a pesar de sus 23 años, tenía ya una amplia experiencia americana, descubriendo y poblando en el Perú, y con Benalcázar en Quito, Popayán y Timaná.

¹⁶ Aunque en el texto se lee claramente "Ampudio", seguramente sería de Ampudia. Era natural de Ciudad Rodrigo (Salamanca) y murió en el viaje, el 20 de mayo de 1542.

do a se rehacer. Y para que los echasen de allí mandó el capitán a un caballero, llamado Cristóbal Enríquez¹⁷, que fuese allá con quince hombres. El cual fue y, en llegando, a un arcabucero que llevaba le pasaron una pierna, de manera que perdimos un arcabucero, porque donde, en adelante, no nos pudimos aprovechar de él. Luego, el dicho Cristóbal Enríquez envió a saber al capitán lo que pasaba y que le enviase más gente, porque los indios eran muchos y cada hora se reformaban. Y el capitán envió luego a mandar al dicho Cristóbal Enríquez que, no mostrando que se retraía, se viniese poco a poco donde estaban, porque no estaban en tiempo de poner a riesgo la vida de un español, ni convenía, ni tampoco él ni sus compañeros iban a conquistar la tierra, ni su intención lo era sino, pues Dios les había traído por este río abajo, descubrir la tierra para que en su tiempo y cuando la voluntad de Dios Nuestro Señor y de su majestad fuese, la enviase a conquistar.

Y ASÍ AQUEL DÍA, después de recogida la gente, el capitán les habló refiriéndoles los trabajos pasados y esforzándolos para en los de porvenir, encargándoles que aventurasen los acometimientos de los indios por los peligros que se podían seguir, y determinó de seguir todavía el río abajo. Y comenzó a embarcar comida y, después de embarcada, mandó el capitán que los heridos se embarcasen y, los que no podían ir por su pie, mandó que los envolviesen en unas mantas y los tomasen otros a costas como que llevaban agua de maíz, porque embarcarse cojeando, y verlo los indios, cobraran tanto ánimo que no nos dejaran embarcar.

Y DESPUÉS DE ESTO HECHO, estando los bergantines a punto y desamarrados y los remos en las manos, bajó el capitán con mucha orden con los compañeros y se embarcaron, y se hizo a largo del río, y no estaría un tiro de piedra cuando vienen más de 400 indios por el agua y por la tierra, y como los de la tierra no se podían aprovechar de nosotros, no servían sino de dar voces y

¹⁷ Era natural de Cáceres y tenía 28 años.

gritos, y los del agua no dejaban de acometer, como hombres que estaban lastimados con mucha furia. Pero nuestros compañeros, con las ballestas y arcabuces, se defendían tan bien los bergantines, que hacían tener afuera aquella mala gente.

ESTO SERÍA A PUESTA DEL SOL, y desta manera, acometiéndonos de rato en rato, siguiéndonos toda la noche, que un momento no nos dejaban reposar porque nos llevaban antecogidos. Así fuimos hasta que fue el día y nos vimos en medio de muchas y muy grandes poblaciones, donde siempre salían indios de refresco y se quedaban los que iban cansados.

A HORA DE MEDIODÍA, que ya nuestros compañeros no podían remar, íbamos todos muy quebrantados de la mala noche y guerra que los indios nos habían dado; el capitán, porque la gente tomase un poco de descanso y comiésemos, mandó que nos metiésemos en una isla despoblada que estaba en medio del río y, en comenzado a guisar de comer, y allí vinieron mucha cantidad de canoas y acometiéronnos tres veces, de tal manera que nos pusieron en grande aprieto.

VISTO POR LOS INDIOS que por el agua no nos podían desbaratar, acordaron de nos acometer por la tierra y agua porque, como había muchos indios, había para todo. El capitán, viendo lo que los indios ordenaban, acordó de no los esperar en tierra, y así se embarcó y se hizo a largo del río, porque allí se pensaba mejor defender, y así comenzamos de caminar, y no nos dejando de seguir, y dar muchos combates los indios, ya que destas poblaciones se habían ya juntado muchos indios y por tierra no tenía cuenta la gente que parecía.

ANDABAN ENTRE ESTA GENTE y canoas de guerra cuatro o cinco hechiceros, todos encalados y las bocas llenas de ceniza que echaban al aire, en las manos unos hisopos con los cuales andaban echando agua por el río, a manera de hechiceros. Después

que habían dado una vuelta a nuestros bergantines, de la manera dicha, llamaban a la gente de guerra y luego comenzaban a tocar sus cornetas y trompetas de palo y atambores, con muy gran grita nos acometían, pero como tengo dicho, los arcabuces y ballestas, después de Dios, eran nuestro mayor amparo, y así nos llevaron desta manera hasta nos meter en una angostura, en un brazo de río. Aquí nos pusieron en muy gran aprieto, e tanto, que no sé si quedara alguno de nosotros, porque nos tenían echada una celada en tierra, y desde allí nos barreaban¹⁸. Los de agua se determinaron de lo facer, e estando ya muy junto, venía delante el capitán general señalándose como muy [...], al cual un compañero de los nuestros llamado Celis¹⁹, tuvo ojo en él, [...] y le dio por mitad de los pechos que lo mató, y luego su gente desmayó y acudieron todos a ver a su señor, y en este medio tiempo hubimos lugar de salir a lo ancho del río.

PERO TODAVÍA NOS SIGUIERON dos días y dos noches, sin nos dejar reposar, que tanto tardamos en salir de la población deste gran señor llamado Machiparo, que al parecer de todos duró más de ochenta leguas, que era toda una lengua, estas todas pobladas, que no había de poblado a poblado un tiro de ballesta, y el que más lejos no estaría media legua. Y hubo pueblo que duró cinco leguas sin reslanzar casa de casa, que era cosa maravillosa de ver.

COMO ÍBAMOS DE PASADA o huyendo, no tuvimos lugar de saber qué es lo que había en la tierra adentro pero, según la disposición y parecer de ella, debe de ser la más poblada que se ha visto, y así muchos decían que según los indios de la provincia de Aparia, que había un grandísimo señor la tierra adentro, hacia el sur, que se llamaba Yca, y que éste tenía muy gran riqueza de oro y plata. Y esta noticia traíamos muy buena y cierta.

¹⁸ Resbalar las lanzas por encima de la armadura.

¹⁹ Se llamaba Hernán Gutierrez de Celis y era de Santander.

DESTA MANERA y deste trabajo salimos de la provincia y gran señorío de Machiparo y allegamos a otro no menor, que era el comienzo de Oniguayal, principio y entrada desa tierra. Estaba un pueblo de manera de guarnición, no muy grande, en un alto sobre el río, adonde había mucha gente de guerra y, viendo el capitán que ni él ni sus compañeros no podían soportar el mucho trabajo que, no solamente era la guerra más, juntamente con ella, era hambre, que los indios, aunque teníamos qué comer, no nos dejaban por la demasiada guerra que nos daban, acordó de tomar el dicho pueblo. Y así mando aderezar los bergantines hasta el puerto, y los indios, visto que les querían tomar el pueblo, acordaron de se poner en toda resistencia.

Y ASÍ FUE QUE, llegado junto al puerto, los indios comenzaron a defender de su almacén de tal manera que nos hacían detener. Y visto el capitán la defensión de los indios mando que, a muy gran priesa, jugasen las ballestas y arcabuces para sabordar en tierra. Y desta manera ficieron lugar y fueron parte para que los bergantines sabordasen a nuestros compañeros y saltasen en tierra, y pelearon después en tierra de tal manera que hicieron huir los indios, y así quedó el pueblo por nosotros, con la comida que tenía.

ESTE PUEBLO ESTABA FUERTE y, por estar tal, dijo el capitán que quería reposar allí tres o cuatro días, y hacer algún matalotaje para adelante. Y así holgamos desta manera y con este propósito, aunque no sin falta de guerra y tan peligrosa que en un día, a las diez horas, allegó muy gran cantidad de canoas a tomar y desamarrar los bergantines que estaban en el puerto y, a no proveer el capitán de ballesteros que con brevedad saltasen dentro, creemos que no fuéramos parte a los defender. Y así, con la ayuda de Nuestro Señor, y con la buena maña y ventura de nuestros ballesteros, hízose algún daño en los indios, que tuvieron por bien de se hacer afuera y volver a sus casas. Así quedamos descansando, dándonos buena posada, comiendo a discreción y estuvimos tres días.

EN ESTE PUEBLO había muchos caminos que entraban la tierra adentro muy reales, de causa de lo cual el capitán se temía, y mandó que nos aparejásemos, porque no quería estar más allí porque podría ser de la estada recibir daño. Dicho esto por el capitán, todos comenzaron a aderezar para se partir cuando les fuese mandado.

HABÍAMOS ANDADO, desde que salimos de Aparia a este dicho pueblo, 340 leguas, en que las 200 fueron sin ningún poblado. Hallamos en este pueblo muy gran cantidad de bizcocho muy bueno que los indios hacen de maíz y de ayuca, y mucha fruta de todos géneros.

VOLVIENDO A LA HISTORIA, digo que el domingo después de la Ascensión de Nuestro Señor, salimos deste dicho pueblo y comenzamos a caminar, y no hubimos andado sobre de dos leguas, cuando vimos entrar por el río otro río muy poderoso y más grande, a la diestra mano. Tanto era de grande que, a la entrada, hacía tres islas, de causa de las cuales le pusimos al río de la Trinidad.

EN ESTAS JUNTAS del uno y del otro había muchas y muy grandes poblaciones y muy linda tierra y muy fructífera. Esto era ya en el señorío y tierra de Omagua. Y por ser los pueblos tantos y tan grandes y haber tanta gente, no quiso el capitán tomar puerto, y así pasamos todo aquel día por poblado con alguna guerra, porque por el agua nos la daban tan cruda que nos hacían ir por medio del río. Y muchas veces los indios se ponían a platicar con nosotros y, como no los entendíamos, no sabíamos lo que nos decían.

Y A HORA DE VÍSPERAS allegamos a un pueblo que estaba sobre una barranca, y por nos parecer pequeño, mandó el capitán que lo tomásemos, y porque también, porque tenía en sí tan buena vista, que parecía ser recreación de algún señor de la tierra de adentro.

Y ASÍ, ADEREZAMOS de lo tomar, y los indios se defendieron más de una hora pero, al cabo, fueron vencidos e nosotros señoreados del pueblo, donde hallamos muy gran cantidad de comida, de la cual nos proveímos.

EN ESTE PUEBLO ESTABA UNA CASA DE PLACER, dentro de la cual había mucha loza de diversas hechuras, así de tinajas como cántaros muy grandes de más de 25 arrobas, y otras vasijas pequeñas como platos, escudillas y candeleros, desta loza de la mejor que se ha visto en el mundo, porque la de Málaga no se iguala con ella, porque es toda vidriada y esmaltada de todas colores y tan vivas que espantan. Y demás desto, los dibujos y pinturas que en ellas hacen son tan compasados que, normalmente, labran y dibujan todo como lo romano. Y allí nos dijeron los indios que todo lo que en esta casa había de barro, lo había en la tierra adentro de oro y de plata, y que ellos nos llevarían allá, que era cerca.

Y EN ESTA CASA SE HALLARON DOS ÍDOLOS tejidos de pluma de diversa manera, que ponían espanto, y era de estatura de gigantes, y tenían en los brazos, metidos en los molledos, unas ruedas a manera de arandelas, y lo mismo tenían en las pantorrillas junto a las rodillas. Tenían las orejas horadadas y muy grandes²⁰, a manera de los indios del Cuzco y mayores. Esta generación de gentes reside en la tierra adentro y es la que posee la riqueza ya dicha y por memoria los tienen allí.

Y TAMBIÉN SE HALLÓ en este pueblo oro y plata, pero como nuestra intención no era sino de buscar de comer y procurar cómo salvásemos las vidas, y diésemos noticia de tan grande cosa, no curábamos ni se nos daba nada por ninguna riqueza.

DESTE PUEBLO SALÍAN MUCHOS CAMINOS y muy reales por la tierra adentro, y el capitán quiso saber adónde iban y, por aquesto,

²⁰ Por las grandes orejas horadadas, los españoles llamaban a los indios “orejones”.

tomó consigo a Cristóbal Maldonado y al alférez y a otros compañeros, y comenzó a andar por ellos; y no habían andado media legua, cuando los caminos eran más reales y mayores. Y visto el capitán esto, acordó de se volver porque vido que no era cordura pasar adelante. Y así volvió donde estaban los bergantines y cuando llegó se ponía el sol; y el capitán dijo a sus compañeros que convenía partir luego de allí, porque no convenía en tierra tan poblada dormir noche, y que luego se embarcasen todos.

Y ASÍ FUE QUE, metida la comida y todos dentro de los bergantines, comenzamos a caminar, ya que era noche, y toda ella fuimos pasando muchos y muy grandes pueblos, hasta que vino el día, que habíamos andado más de 20 leguas que, por huir de lo poblado, no hacían nuestros compañeros sino remar; y, mientras más andábamos, más poblada y mejor hallábamos la tierra. Y así, íbamos siempre desviados de tierra por no dar lugar a que los indios saliesen a nosotros.

FUIMOS CAMINANDO POR ESTA TIERRA y señorío de Omagua más de cien leguas, al cabo de las cuales allegamos a otra tierra de otro señor llamado Paguana, el cual tiene mucha gente y muy doméstica, porque llegamos al principio de su poblado a un pueblo que tendría más de dos leguas de largo, adonde los indios nos esperaron en sus casas, sin hacer mal ni daño, antes nos daban de lo que tenían. Deste pueblo iban muchos caminos la tierra adentro, porque el señor no reside sobre el río, y dijéronnos los indios que fuésemos allá, que se holgarían mucho con nosotros.

EN ESTA TIERRA este señor tiene muchas ovejas de las del Perú²¹ y es muy rico de plata, según todos los indios nos decían, y la tierra es muy alegre y vistosa y muy abundosa de todas comidas y frutas, como son piñas y peras, que en lengua de la Nueva España se llaman aguacatas, y ciruelas y guanas y otras muchas y muy buenas frutas.

²¹ Las “ovejas del Perú” eran llamas andinas.

SALIMOS DESTA POBLACIÓN y fuimos caminando siempre por muy gran poblado, que hubo día que pasamos más de 20 pueblos, y esto por la banda donde nosotros íbamos, porque la otra no la podíamos ver por ser el río grande. Y así, íbamos por la banda diestra, y después atravesábamonos otros dos días por la mano siniestra, que mientras víamos lo uno no víamos lo otro.

EL LUNES DE PASCUA de Nuestro Señor, por la mañana, pasamos a vista y junto a un pueblo muy grande y muy vistoso, y tenía muchos barrios y en cada barrio un desbarcadero al río, y cada desembarcadero había muy gran copia de indios. Y este pueblo duraba más de dos leguas y media, que siempre fue de la manera dicha. Y por ser tantos los indios de aquel pueblo, mandó el capitán que nos pasásemos adelante sin les hacer mal y sin les acometer. Pero ellos, visto que pasábamos sin les hacer mal, se embarcaron en sus canoas y nos acometieron, pero con su daño, que las ballestas y arcabuces los hicieron volver a sus casas y nos dejaron ir río abajo.

ESTE MESMO DÍA tomamos un pueblo pequeño, donde hallamos comida, y aquí se nos acabó la provincia de dicho señor llamado Paguana.

Y ENTRAMOS EN OTRA PROVINCIA muy más belicosa y de mucha gente, y que nos daban mucha guerra. Desta provincia no supimos cómo se llamaba el señor della, pero es una gente mediana de cuerpo, muy bien tratada, y tienen sus paveses de palo y defienden sus personas muy como hombres.

SÁBADO, VÍSPERA de la Santísima Trinidad, el capitán mandó tomar puerto en un pueblo donde los indios se pusieron en defensa, pero, a pesar dellos, los echamos de sus casas y aquí nos proveímos de comida, y adonde se hallaron algunas gallinas. Este mismo día, saliendo de allí prosiguiendo nuestro viaje, vimos una boca de otro río grande, a la mano siniestra, que entraba en

el que nosotros navegábamos, el agua del cual era negra como tinta, el cual corría tanto y con tanta ferocidad que en más de 20 leguas hacía raya en la otra agua sin revolver la una con la otra. Este mismo día vimos otros pueblos no muy grandes.

OTRO DÍA, SIGUIENTE de la Trinidad, holgó el capitán y todos en unas pesquerías de un pueblo que estaba en una loma, donde se halló mucho pescado, que fue socorro y gran recreación para nuestros españoles, porque había día que no habían tenido tal posada. Este pueblo estaba en una loma, apartado del río como en frontera de otras gentes que les daban guerra, porque estaba fortificado de una muralla de maderos gruesos, y al tiempo que mis compañeros subieron a este pueblo para tomar comida, los indios lo quisieron defender y resistir, y se hicieron fuertes dentro de aquella cerca, la cual tenía no más que una puerta.

Y COMENZÁRONSE A DEFENDER con muy gran [...]; más, como nos vimos en necesidad, determinamos de acometerlos, y así, en esta determinación, se acometió por la dicha puerta y, entrando dentro sin ningún riesgo, dieron en los indios y pelearon con ellos hasta los desbaratar, y luego recogieron comida que había en cantidad.

EL LUNES ADELANTE PARTIMOS de allí, pasando siempre por muy grandes poblaciones y provincias, proveyéndonos de comida lo mejor que podíamos, cuando nos faltaba. Este día tomamos puerto en un pueblo mediano, donde la gente nos esperó. En este pueblo estaba una plaza muy grande y, en medio de la plaza, estaba un tablón grande de diez pies en cuadro, figurado y labrado de relieves, una ciudad murada con su cerca y con una puerta. En esta puerta estaban dos torres muy altas de cabo con sus ventanas, y cada torre tenía una puerta frontera la una de la otra, y en cada puerta estaban dos columnas, y, toda esta obra ya dicha, estaba cargada sobre dos leones²² muy feroces, que

²² Dado que en el continente americano no existen leones, debe referirse a jaguares.

miraban hacía tras como recatados el uno del otro, los cuales tenían en los brazos y uñas toda la obra, en medio de la cual había una plaza redonda; en medio desta plaza estaba un agujero por donde ofrecían y echaban chicha para el sol, que es el vino que ellos beben, y el sol es en quien ellos adoran y tienen por su dios.

EN FIN, EL EDIFICIO era cosa mucho de ver, y el capitán, y todos nosotros espantados de tan gran cosa, preguntó a un indio, que aquí se tomó, qué era aquello o por qué memoria tenían aquello en la plaza, y el indio dijo que ellos eran sujetos y tributarios a las amazonas, y que no la servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y de guacamayos para en [...] de los techos de las casas de sus adoraciones, y de los pueblos que ellas tenían era de aquella manera y que, por memoria, la tenían allí, y que adoraban en ella como en cosa que era insignias de su señora, que es la que manda toda la tierra de las dichas mujeres.

HALLOSE TAMBIÉN en esta misma plaza una casa no muy pequeña dentro de la cual había muchas vestiduras de plumas de diversos colores, las cuales vestían los indios para celebrar sus fiestas y bailar cuando se querían regocijar delante deste tablón ya dicho, y allí ofrecían sus sacrificios con su determinada intención.

SALIMOS LUEGO DESTE PUEBLO y dimos luego en otro muy grande que tenía el mismo tablón y divisa que es dicha. Este pueblo se defendió mucho y por espacio de más de una hora no nos dejaron saltar en tierra. Pero al cabo hubimos de saltar y, como los indios eran muchos, y cada hora crecían, no se querían rendir. Pero, visto el daño que se les hacía, acordaron de huir y entonces tuvimos lugar y aunque no mucho para buscar, porque ya los indios se revolvían sobre nosotros. Pero nuestro capitán no quiso que aguardásemos, pues que no podíamos ganar nada en la mercadería, y así mandó que nos embarcásemos e nos fuésemos; y así fue.

PARTIDOS DE AQUÍ, pasamos por otros más pueblos, donde los indios nos atendían de guerra, como gente belicosa, con sus armas y paveses en las manos, dándonos grita diciendo que por qué huíamos, que allí nos estaban aguardando; pero el capitán no quería acometer donde veía que no podíamos ganar honra. Y así, en algunas partes, ellos desde fuera y nosotros desde el agua, nos dábamos guerra, pero, como los indios eran muchos, hacían pared, nuestros arcabuces y ballestas les hacía daño; y así pasábamos adelante dejándoles la información ya dicha.

MIÉRCOLES VÍSPERA de Corpus Christi, 7 días de junio, el capitán mandó tomar puerto en una población pequeña que estaba sobre el dicho río; y así se tomó sin resistencia, donde hallamos mucha comida, en especial pescado, que visto se halla tanto y en abundancia que pudiéramos cargar bien nuestros bergantines y éste tenían los indios a secar para llevar dentro a la tierra a vender. [...]compañeros que el pueblo era pequeño, rogaron al capitán que holgase allí, pues era víspera de tan gran fiesta. El capitán, como hombre que sabía las cosas de los indios, dijo que no le nombrasen tal cosa, porque no lo pensaba hacer; aunque el pueblo les parecía pequeño, tenía gran comarca de donde les podían venir a favorecer y hacer daño, y nosotros, si no nos fuésemos como solíamos hacer y irnos a dormir a las montañas, y nuestros compañeros se lo tornaron a pedir por merced que holgase allí.

EL CAPITÁN, VISTO QUE TODOS LO PEDÍAN, aunque contra su voluntad, concedió en lo que pedían. Y así estuvimos en este pueblo holgando hasta la hora que el sol se ponía, que los indios venían a ver sus casas, porque cuando saltamos no había sino mujeres, porque los indios eran idos a entender en sus granjerías. Y así, siendo hora, volvíanse, y como hallaron sus casas en poder de gente que no conocían, quedaron muy espantados y comenzaron a decir que nos saliésemos de ellas. Juntamente con decir esto, acuerdan y ponen por obra de nos acometer y así lo hicieron,

pero, al tiempo que ellos entraban por el real, halláronse delante de los indios cuatro o cinco compañeros, los cuales pelearon también, que fueron parte para que los indios no se atreviesen a entrar donde estaba nuestra gente, y así los hicieron huir, y cuando el capitán salió no había qué hacer.

ESTO ERA YA NOCHE, y, sospechando el capitán lo que podía ser, mandó que las velas se doblasen y todos durmiesen armados, y así se hizo. Pero, a medianoche, a hora que la luna salía, revuelven los indios en muy gran cantidad sobre nosotros, y dan por tres partes a nuestro real. Cuando fueron sentidos, tenían heridas las velas, y como van entre nosotros y como dieron alarma, salió el capitán dando voces diciendo: vergüenza, vergüenza, caballeros, que son nadie, a ellos. Y así nuestros compañeros se levantaron y con muy gran furia se acometieron a aquella gente, que, aunque era de noche, fueron desbaratados, porque no podían sufrir a nuestros compañeros, y así huyeron.

EL CAPITÁN, PENSANDO que habían de revolver, mandó echarles una celada por donde habían de venir, y los demás que no durmiesen; y mandó que los heridos se curasen, y yo los curé, porque el capitán andaba de una parte a otra dando orden a lo que convenía para salvación de nuestras vidas, que en esto siempre se desvelaba y, a no ser tan sabio en las cosas de la guerra, que parecía que Nuestro Señor le administraba en lo que debía de hacer, muchas veces nos mataran.

Y, DESTA MANERA, estuvimos toda la noche y, venido el día, mandó el capitán que nos embarcásemos e nos fuésemos, y mandó que ciertas presas, que allí se habían tomado, que se ahorcasen, y así fue, y esto porque los indios, de adelante, nos cobrasen temor y no nos acometiesen.

NOSOTROS EMBARCAMOS, y echo a largo del río llegaban al pueblo muchos indios a dar en nosotros, y también por el agua

venían muchas canoas; pero ya, como íbamos a lo largo, no hubieron lugar de poner por obra su mala intención.

ESTE DÍA NOS METIMOS en un monte a holgar el siguiente y otro día; pero seguimos nuestro viaje, y no habíamos andado cuatro leguas, cuando vino por la mano diestra un muy grande y poderoso río, tanto era mayor que el que nosotros llevábamos, y, por ser tan grande, le pusimos el río Grande.

PASAMOS ADELANTE; a la mano siniestra vimos estar unas poblaciones muy grandes sobre una loma que llegaba al río y, por las ver, mandó el capitán que enderezásemos hacia allá y fuimos; a vista de los indios que íbamos allá, acordaron de no se mostrar, sino estarse en celada pensando que saltáramos en tierra y para esto tenían limpios los caminos que bajaban al río.

EL CAPITÁN Y ALGUNOS COMPAÑEROS, conocieron la ruindad que tenían armada, y mandó que nos fuésemos de largo y los indios, visto que nos pasábamos de largo, levántanse más de 5.000 indios con sus armas y empiezan a darnos grita y a desafiarnos y dar con las armas unas en otras, y con esto hacían tan gran ruido que parecían hundir el río.

PASAMOS ADELANTE Y, a obra de media legua, dimos en otro mayor pueblo, pero aquí nos hicimos a largo del río. Es esta tierra templada y de muy buena disposición, no supimos su trato porque no nos dieron lugar a ello. Y aquí se acabó esta generación y dimos en otra que nos fatigó poco.

PASAMOS ADELANTE SIEMPRE POR POBLADO, y una mañana, a hora de las ocho, vimos sobre un alto una hermosa población que, al parecer, debía de ser cabeza de algún gran señor y, por la ver, quiséramos aunque con riesgo llegar allá, pero no fue posible, porque tenía una isla delante y, cuando quisimos entrar, habíamos dejado la entrada arriba, y desta causa pasamos a vista de ella mirándola.

EN ESTE PUEBLO HABÍA SIETE PICOTAS; NOSOTROS vimos que estaban en trechos por el pueblo y en las picotas clavadas muchas cabezas de muertos, a cuya causa le pusimos a esta provincia por nombre la Provincia de las Picotas, que duraba por el río abajo 70 leguas.

BAJABAN DESTE PUEBLO AL RÍO hechos caminos a manos y, de una parte y de otra, sembrados árboles de fruta, por donde parecía tan gran señor el desta tierra.

PASAMOS ADELANTE. Otro día dimos en otro pueblo del mismo corte y, como tuviésemos necesidad de comida, fuimos forzado a acometerle, y los indios se escondieron para que saltásemos en tierra, y así saltaron nuestros compañeros, y visto los indios que ya estaban en tierra, salen de su celada con muy gran furia; venía delante del capitán o señor dellos, con muy gran grita. Un ballestero de los nuestros tuvo ojo en este señor, y tirole y matole. Y visto los indios aquello, acordaron de no esperar sino huir, y otros hacerse fuertes dentro de su casa y de ellas se defendían y peleaban como perros domados.

VISTO EL CAPITÁN QUE NO SE QUERÍAN RENDIR y que nos habían hecho daño y herido a alguno de los nuestros compañeros, mandó poner fuego a las casas donde estaban los indios, y así salieron de ellas y huyeron, y hubo lugar de recoger comida que en este pueblo, loado Nuestro Señor, no faltó, porque había muchas tortugas, las ya dichas y muchos pavos y papagayos, y muy gran abundancia, pues pan y maíz de esto no se escribe.

Y SALIMOS DE AQUÍ, y luego nos fuimos a una isla a descansar y gozar de lo que habíamos tomado. Tomose en este pueblo una india de mucha razón y dijo que era de aquí y en la tierra adentro estaban muchos cristianos como nosotros, y los tenía un señor que los había traído el río abajo, y nos dijo cómo entre ellos había dos mujeres blancas, y que otros tenían indias e hijos en ellas. Estos son los que se perdieron de Diego de Ordás.

CAMINAMOS NUESTRO RÍO ABAJO sin tomar pueblo, porque llevábamos de comer, y, al cabo de algunos días, salimos desta provincia, y a la salida de la cual estaba una muy gran población, por donde la india nos dijo dónde habíamos de ir adonde estaban los cristianos. Pero como nosotros no éramos parte, acordamos de pasar adelante, que para los sacar de donde estaban su tiempo vendrá.

DESTE PUEBLO SALIERON DOS INDIOS en una canoa y llegaron al bergantín donde venía el capitán, sin armas, y llegaron a reconocer, y estuvieron mirando, y por mucho que nuestro capitán los llamó que entrasen dentro y les daban muchas cosas, nunca quisieron, antes, señalando la tierra adentro, se volvieron.

DORMIMOS ESTA NOCHE FRONTEROS deste pueblo, dentro en nuestros bergantines y, venido el día, comenzamos [...] salen del pueblo mucha gente y embárcanse, y vienen a nos a cometer al medio del río por donde nosotros íbamos. Estos indios tienen flechas y con ellas pelean. Tomamos nuestro camino sin los esperar.

FUIMOS CAMINANDO, tomando comida donde veíamos que no la podían defender y, al cabo de cuatro o cinco días, fuimos a tomar un pueblo donde los indios no se defendieron. Aquí se halló mucho maíz, y asimismo se halló mucha avena, de lo que los indios hacen pan y muy buen vino a manera de cerveza, y ésta hay en mucha abundancia. Hallose en este pueblo una bodega deste vino, que no se holgaron poco nuestros compañeros; hallose muy buena ropa de algodón; hallose en este pueblo un adoratorio dentro del cual había muchas divisas de armas para la guerra colgadas; y, cubiertas en alto, estaban dos mitras muy bien a lo naturalmente hechas como las hacen y tienen los obispos; eran tejidas y no sabemos de qué, que como no era de algodón ni lana, y tenían muchas colores.

PASAMOS ADELANTE DESTE PUEBLO y fuimos a dormir a la otra banda del río, como era nuestra costumbre, al monte; y allí vinieron muchos indios a darnos guerra por el agua, pero, a mal de su agrado, dieron vuelta.

MÁRTEZ, A 22 DÍAS DE JUNIO, vimos mucha población de la banda siniestra del río, porque estaban blanqueando las casas, que íbamos por medio del río; quisimos ir allá pero no pudimos por causa de la mucha corriente y olas más trabajosas que en la mar andaban.

MIÉRCOLES SIGUIENTE tomamos un pueblo que estaba en medio de un arroyo pequeño, en un muy gran llano de más de cuatro leguas. Tenía este pueblo su asiento todo en una calle y una plaza, en medio las casas de una parte y otra. Y hallamos mucha comida, y este pueblo, por estar de la manera ya dicha, le llamamos el Pueblo de la Calle.

JUEVES SIGUIENTE pasamos por otros pueblos medianos y no curamos de parar allí. Todos estos pueblos son estancias de pescadores de la tierra adentro. Desta manera íbamos caminando buscando un apacible asiento para festejar y regocijar la fiesta del bienaventurado San Juan Bautista, precursor de Cristo; y quiso Dios que, en doblando una punta que el río hacía, vimos en la costa adelante muchos y muy grandes pueblos que estaban blanqueando. Aquí dimos de golpe con la buena tierra y señorío de las amazonas.

ESTOS PUEBLOS, YA DICHOS, estaban avisados y sabían de nuestra ida, de cuya causa nos salieron a recibir al camino por agua, no con buena intención y, como llegaron cerca del capitán, quisieron traellos de paz, y así los comenzó a hablar y llamar, pero ellos se rieron y hacían burla de nosotros e se nos acercaban y decían que anduviésemos, que allí abajo nos aguardaban, y que allí nos habían de tomar a todos y llevar a las amazonas.

EL CAPITÁN, ENOJADO de la soberbia de los indios, mandó que les tirasen con las ballestas y arcabuces porque pensasen y supiesen que teníamos con qué les ofender; y así se les hizo daño y dan la vuelta hacia el pueblo, a dar la nueva de lo que habían visto. Nosotros no dejamos de caminar cerca de los pueblos, y antes que allegásemos con más de media legua, había por la lengua del agua, a trecho, muchos escuadrones de indios, y como nosotros íbamos andando, ellos se iban juntando y acercando a sus poblaciones.

ESTABA EN MEDIO DESTE PUEBLO muy gran copia de gente, hecho un buen escuadrón. El capitán mandó que fuesen los bergantines a zabordar donde estaba aquella gente; y así fue, en comen-zándonos a llegar a tierra, los indios comienzan a defender su pueblo e nos flechar, y como la gente era mucha parecía que llovían flechas. Pero nuestros arcabuceros y ballesteros no estaban ociosos, porque no hacían sino tirar y aunque mataban muchos no lo sentían porque, con todo el daño que se les hacía, andaban unos peleando y otros bailando.

Y AQUÍ ESTUVIMOS A MUY POCO de nos perder todos, porque como había tantas flechas, nuestros compañeros tenían tanto que hacer en se amparar de ellas sin poder remar, de causa de lo cual nos hicieron daño, que antes que saltásemos en tierra nos hirieron a cinco, de los cuales yo fui el uno, que me dieron con una flecha por una ijada que me llegó al hueso y, si no fuera por los hábitos, allí me quedara.

VISTO EL PELIGRO EN QUE ESTÁBAMOS, comienza el capitán a animar y a dar priesa a los de los remos, que sabordasen. Y así, aunque con trabajo, llegamos a zabordar e nuestros compañeros se echaron al agua, que les daba a los pechos; aquí fue una muy gran y peligrosa batalla, porque los indios andaban mezclados con nuestros españoles, que se defendían tan animosamente que era cosa maravillosa de ver.

ANDÚBOSE EN ESTA PELEA más de una hora, que los indios no perdían ánimo, antes parecía que se les doblaba; aunque veían a muchos de los suyos muertos y pasaban por encima de ellos y no hacían sino retraerse y tornar a revolver.

QUIERO QUE SEPAN cual fue la causa porque estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son sujetos y tributarios a las amazonas y, sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro, y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas y, al que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos. Y esta es la causa por donde los indios se defendían tanto.

ESTAS MUJERES son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza y son muy membrudas y andan desnudas en cuero, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hubo mujer destas que metió un palmo de flecha por unos de los bergantines y otras qué menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín.

TORNANDO A NUESTRO PROPÓSITO y pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fuerza y ánimo a mis compañeros, que mataron siete u ocho, que éstas vimos de las amazonas, a causa de lo cual los indios desmayaron y fueron vencidos y desbaratados con harto daño de sus personas. Y porque venía de los otros pueblos mucha gente de socorro y se habían de revolver porque ya se tornaban a pelear, mandó el capitán que a muy gran prisa se embarcase la gente, porque no quería poner a riesgo la vida de todos.

Y ASÍ SE EMBARCARON porque ya los indios empezaban a pelear y más que, por el agua, venía mucha flota de canoas; y así hicimos a largo del río y dejamos la tierra.

TENEMOS ANDADAS, de donde salimos y dejamos a Gonzalo Pizarro, mil leguas antes de más que de menos, y no sabemos lo que falta de aquí a la mar. En este pueblo ya dicho, se tomó un indio trompeta, que andaba entre la gente, que era de edad de hasta 30 años, el cual, en tomándole, comenzó a decir al capitán, muchas cosas de la tierra adentro, y le llevó consigo.

HECHO COMO DICHO TENGO, a largo del río nos dejamos ir al garette sin remar, porque mis compañeros estaban tan cansados que no tenían fuerza para tener los remos. Y yendo por el río, que habíamos andado hasta un tiro de ballesta, descubrimos un pueblo no pequeño en el cual no parecía gente, de cuya causa todos los compañeros pidieron al capitán que fuese allá, que tomaríamos alguna comida pues, en el pasado pueblo, no nos lo habían dejado tomar. El capitán les dijo que no quería, que, aunque a ellos les parecía que no había gente, de allí nos habíamos más de guardar que más que donde más claramente la veíamos.

Y ASÍ NOS TORNAMOS A JUNTAR y yo, juntamente con todos los compañeros, se lo pedimos de merced, y aunque éramos pasados del pueblo, el capitán, concediendo su voluntad, manda volver los bergantines al pueblo y, como íbamos costeano la tierra, los indios estaban en celada escondidos entre las arboledas, repartidos por sus escuadrones y estando por nos tomar en celada.

Y ASÍ, YENDO JUNTO A TIERRA, tuvieron lugar de nos acometer y así comenzaron a flechar tan bravamente que los unos y a los otros no nos veíamos. Más, como nuestros españoles iban apercebidos desde Machiparo, de buenos paveses, como ya hemos dicho, no nos hicieron tanto daño cuanto nos hicieran si no viniéramos apercebidos de la tal defensa.

DE TODOS, EN ESTE PUEBLO, no hirieron sino a mí, que me dieron un flechazo por un ojo que pasó la flecha a la otra parte, de la cual herida he perdido el ojo, y no estoy sin fatiga y falta de dolor,

puesto que Nuestro Señor, sin yo merecerlo, me ha querido otorgar la vida para que me enmiende y le sirva mejor que hasta aquí.

Y EN ESTE MISMO TIEMPO habían ya saltado en tierra los españoles que venían en el barco pequeño y, como los indios eran tantos, teníanlos cercados y, si no fuera porque el capitán los socorrió con el bergantín grande, se perdían y se los llevaban los indios. Y así lo hicieran todavía que llegaba el capitán, si no se dieran tan buena maña en pelear con tanto ánimo, pero ya estaban cansados y puestos en muy gran aprieto.

EL CAPITÁN LOS RECOGIÓ E, como me vido herido, mandó embarcar la gente. Y así se embarcaron, porque la gente era mucha y estaba muy encarnizada, que no lo podían sufrir nuestros compañeros, y el capitán temía perder alguno de ellos, y no los quería poner en tal ventura, porque bien sabía y traslucía la necesidad que había de tener de ayuda, según la tierra era poblada; y convenía conservar la vida de todos, porque no distaba un pueblo de otro de estancia de media legua y menos en toda aquella banda del río de la mano diestra, que es de la banda del sur, y más digo, que la tierra adentro dos leguas y más o menos parecían muy grandes ciudades que estaban blanqueando.

Y DEMÁS DESTO, la tierra es tan buena, tan fértil y tan al natural como la de nuestra España, que nosotros entramos en ella por San Juan y comenzaban los indios a quemar los campos. Es tierra templada, adonde se cogerá mucho trigo y se darán todos los frutales; de más desto, es aparejada para criar todo ganado, porque en ella hay muchas yerbas, como en nuestra España, como orégano y [...] de unos pintados y a rayas y otras muchas yerbas muy buenas. Los montes desta tierra son encinales y alcornoques que llevan bellotas, que nosotros las vimos, y robledales²³; la tierra es

²³ Evidentemente confundieron las especies, pues en América no existían encinas, ni robles, ni alcornoques.

alta y hace lomas, todas de sabanas, la yerba no más alta de hasta la rodilla: hay mucha caza de todos géneros.

VOLVIENDO A NUESTRO CAMINO, el capitán mandó que nos saliésemos a medio río por huir de lo poblado que ponía grima. Llamamos a esta provincia la Provincia de San Juan, porque en su día habíamos entrado en ella, y yo había predicado por la mañana, viniendo por el río, por alabanza de tan glorioso precursor de Cristo, y tengo por averiguado que por su intercesión me otorgó Dios la vida.

SALIDOS A MEDIO RÍO, los indios por el agua fueron en nuestro seguimiento, porque el capitán mandó atravesar hacia una isla que estaba despoblada, y hasta ser noche no nos dejaron los indios. Y así nosotros llegamos a la isla más de diez horas de la noche, adonde el capitán mandó que no saltásemos en tierra, porque podría ser a los indios dar sobre nosotros. Y así pasamos la noche en nuestro bergantín y, venida la mañana, el capitán mandó que caminásemos con mucho orden, hasta salir desta provincia de San Juan, que tiene más de 150 leguas de costa pobladas de la manera dicha.

Y OTRO DÍA, 25 DE JUNIO, pasamos por entre unas islas, que pensamos que estuvieran despobladas pero, después que nos hallamos en medio de ellas, fueron tantas las poblaciones que en las dichas islas parecían y vimos, que nos pesó. Y como nos vieron, salieron a nosotros al río sobre doscientas piraguas, que cada una trae 20 y [...] indios, y de ellas 40, y destas hubo muchas; venían muy lucidas con diversas divisas y traían muchas trompetas y atambores y órganos, que tañen con la boca, y arrabeles que tienen a tres cuerdas, y venían con tanto estruendo y grito y con tanta orden que estábamos espantados.

CERCÁRONNOS ENTRAMBOS BERGANTINES y acometiéronnos como hombres que nos pensaban llevar. Mas, salióles al revés,

que nuestros arcabuceros y ballesteros les pusieron tales como eran muchos, que se holgaron de tenerse afuera, pues en tierra era cosa maravillosa de ver los escuadrones que estaban en los pueblos tañendo y bailando, todos con unas palmas en las manos, mostrando muy gran alegría en ver que nos pasábamos [...] mucho y de tierra rasa, muy fértiles al parecer, y tan alegres de vista que, aunque nosotros íbamos trabajados, no dejábamos de nos alegrar.

ESTA ISLA, QUE ES LA MAYOR, la fuimos costeando; tenía en largo 6 leguas, que está en el medio río, el ancho no lo sabremos decir, y siempre los indios nos fueron siguiendo hasta nos echar desta provincia de San Juan, que como digo tiene 150 leguas, todas las cuales pasamos con mucho trabajo, dejando aparte la guerra, de hambre, porque, como era muy poblada, no hubo lugar de saltar en tierra.

TODA ESTA ISLA fueron siempre las dichas piraguas y canoas en nuestro seguimiento, acometiéndonos cuando se les antojaba, pero como gustaban la fruta de nuestros tiros, íbannos acompañando a trechos.

AL CABO DESTA ISLA estaba mucho más poblado, de donde salieron de refresco muchas más piraguas a nos acometer. Aquí el capitán, viéndose en tan gran aprieto y deseando la paz con esta gente, por ver si pudiéramos tomar algún rato de descanso, acordó de hablar y requerir a los indios con la paz y, para traerlos a ella, mandó echar a un calabazo cierto rescate y arrojarlo al agua, y los indios lo tomaron, pero tuviéronlo en tan poco que hacían burla de ello. Pero por eso no nos dejaron de seguir hasta nos echar de sus pueblos, como dicho habemos.

ESTA NOCHE LLEGAMOS A DORMIR ya fuera de todo lo poblado, a un robleal que estaba en un gran llano, junto al río, donde no nos faltó temerosas sospechas porque vinieran indios a nos es-

piar; y la tierra adentro había mucho poblado y caminos que entraban a ella, de cuya causa el capitán y todos estuvimos en vela aguardando lo que nos podía venir.

EN ESTE ASIENTO, el capitán tomó al indio que se había tomado arriba, porque ya le entendía por un vocabulario que había hecho, y le preguntó que de dónde era natural. El indio dijo que de aquél pueblo donde le habían tomado; el capitán le dijo que cómo se llamaba el señor de la tierra, el indio le respondió que se llamaba Couynco y que era muy gran señor y que señoreaba hasta donde estábamos y, como dicho tengo, había 150 leguas. El capitán le preguntó qué mujeres eran aquellas que habían venido a les ayudar y darles guerra; el indio dijo que eran unas mujeres que regían la tierra adentro, a siete jornadas de la costa y, por ser este señor Cuynco sujeto a ellas, habían venido a guardar la costa. El capitán le preguntó si estas mujeres eran casadas; el indio dijo que no. El capitán le preguntó que de qué manera viven; el indio respondió que, como dicho tiene, estaban la tierra adentro y que él había estado muchas veces allá, y había visto su trato y vivienda y contó delante del capitán y de algunos de nosotros setenta ciudades, todas de cal y canto cerradas y de una a otra los caminos cercados de poner, a trechos por ellas puestas, guardas, porque no puede entrar nadie sin que pague derechos. El capitán le preguntó si estas mujeres parían, el indio dijo que sí. El capitán que cómo no siendo casadas, ni residía hombre entre ellas, se empreñaban, él dijo que estas indias participan con indios en tiempos y, cuando les viene aquella gana, juntan mucha copia de gente de guerra y van a dar guerra a un muy gran señor que reside y tiene su tierra junto a la destas mujeres, y por fuerza los traen a sus tierras y tienen consigo aquel tiempo que se les antoja y, después que se hallan preñadas les tornan a enviar a su tierra sin les hacer otro mal, y después, cuando viene el tiempo que han de parir, si paren hijo le matan y lo envían a sus padres y, si hija, la crían con muy gran solemnidad y la imponen en las cosas de la guerra.

DIJO MÁS, que entre todas estas mujeres hay una señora que es subjeta y tiene todas las demás debajo de su mano y jurisdicción, la cual señora se llama Coñori. Dijo que hay muy grandísima riqueza de oro y de plata y que todas las señoras principales y de manera, no es otro su servicio sino oro o plata, y las demás mujeres plebeyas se sirven en vasijas de palo, excepto lo que llega al fuego, que es barro. Dijo que la cabecera y principal ciudad de donde reside la señora, hay cinco casas muy grandes que son adoratorios y casas dedicadas al sol, las cuales ellas llaman Caranain, y estas casas por dentro están de suelo hasta medio estado en alto, planchadas [...] y los techos aforrados de pinturas de diversos colores y que en esta casa tienen muchos ídolos de oro y plata en figura de mujeres y mucha cantería de oro y de plata para el servicio del sol y andan vestidas de ropa de lana muy fina, porque en esta tierra hay muchas ovejas de las del Perú: su traje son unas mantas ceñidas desde los pechos hasta abajo, encima echadas y otras como manto abrochadas por delante con unos cordones; traen el cabello tendido en su tierra y puesta en la cabeza unas coronas de oro, tan anchas como dos dedos y aquellos sus colores.

DIJO MÁS, QUE EN ESTA TIERRA, según entendimos, hay camellos que los cargan, y dice que hay otros animales, cuales no supimos entender, que son del tamaño de un caballo y que tienen el pelo de un jeme y la pata hendida, y que los tienen atados y que de estos hay pocos. Dice que hay en esta tierra dos leguas de agua salada, de que ellas hacen sal. Dice que tienen una orden que, en poniéndose el sol, no ha de quedar indio macho en todas estas ciudades, que no salga afuera y se vayan a sus tierras; más dice, que muchas provincias de indios, a ellas comarcanas, los tienen ellas sujetos y los hacen tributar, y que les sirven, y otras hay con quien tienen guerra, y especial con la que ya dijimos, y los traen para tener que hacer con ellos; estos dicen que son muy grandes de cuerpo y blancos y mucha gente, y que todo lo que aquí ha desto dicho ha visto por muchas veces, como hombre que iba y venía cada día.

Y TODO LO QUE ESTE INDIO DIJO y más, nos habían dicho a nosotros a 6 leguas de Quito, porque destas mujeres había allí muy gran noticia, y por las ver vienen muchos indios el río abajo mil y 400 leguas, y así nos decían arriba los indios que el que hubiese de bajar a la tierra destas mujeres había de ir muchacho y volver viejo. La tierra dice que es fría y que hay muy poca leña y muy abundosa de todas comidas; también dice otras muchas cosas, y que cada día va descubriendo más, porque es un indio de mucha razón y muy entendido, y así lo son todos los demás de la tierra, según lo habemos dicho.

OTRO DÍA DE MAÑANA salimos deste asiento del robledar no poco alegres pensando que ya dejábamos atrás todo lo poblado, y que teníamos lugar para descansar de los trabajos pasados y presentes, y así comenzamos nuestro acostumbrado camino. Pero, no habíamos andado mucho cuando, a la mano siniestra, vimos muy grandes provincias y poblaciones y estas estaban en la más alegre y vistosa tierra que en todo el río vimos y descubrimos. Porque era tierra alta de lomas y valles muy poblados, de las cuales dichas provincias salió a nosotros, a medio río, muy gran copia de piraguas a nos ofender y dar guerra.

ESTAS GENTES SON TAN GRANDES y mayores que muy grandes hombres, que andan trasquilados, y salieron todos tiznados de negro, a cuya causa la llamamos la Provincia de los Negros. Salieron muy lucidos y acometieronnos muchas veces, pero no nos hicieron daño y ellos no fueron sin él. No tomamos ninguno de los dichos pueblos por no darnos lugar el capitán, por la demasiada gente que había.

EL CAPITÁN PREGUNTÓ AL INDIO, ya dicho, cuya era aquella tierra y que quién la sujetaba, y dijo que aquella tierra y poblaciones, que se parecían con otras muchas que no vimos, eran de un señor muy grande que había por nombre Arripuna, el cual señoreaba mucha tierra; que el río arriba y de traviesa tenía ochenta jornadas

que había hasta una laguna, que estaba a la parte norte, la cual está muy poblada y que la señorea otro señor que se llama Tinamostón; pero dice que éste es muy guerrero y que comen carne humana, la cual no comen en toda la demás tierra, que hasta aquí hemos andado. Este sobredicho señor no es de la laguna, sino es de otra; es el que tiene en sí y en su tierra los españoles de que arriba habemos noticias, porque este dicho indio los había visto, y dice que posee y tiene muy gran riqueza de plata y con ella se sirven en toda la tierra, pero que oro no lo alcanzan. En verdad que la misma tierra da crédito a todo lo que se dice, según la vista y parecer que tiene.

FUIMOS CAMINANDO POR EL RÍO; al cabo de dos días dimos en un pueblo pequeño, donde los indios se nos defendieron, pero desbaratamosles y tomamos la comida y pasamos adelante. Y otro que estaba junto a él, mayor; aquí se defendieron y pelearon los indios por espacio de media hora, tan bien y con tanto ánimo, que antes que hubiésemos lugar de saltar en tierra, mataron dentro, en el bergantín, un compañero grande que se llamaba Antonio de Carranza, natural de Burgos²⁴. En este pueblo alcanzaban los indios alguna yerba ponzoñosa, porque en la herida del dicho se conoció, porque al cabo de 24 horas dio el ánima a Dios.

TORNANDO A NUESTRO PROPÓSITO, dije que se tomó el pueblo y recogimos todo el maíz que cupo en los bergantines porque, como vimos la yerba, propusimos de no saltar en tierra ni en poblado, si no fuese con demasiada necesidad, y así fuimos con más aviso de que hasta allí habíamos traído.

CAMINAMOS CON MUCHA PRIESA desviándonos de poblado y, un día en la tarde, fuimos a dormir en un robledar que estaba a la vera de un río que entraba por la diestra mano en el de nuestra navegación, que tenía una legua de ancho. El capitán mandó atravesar para dormir en donde dicho tengo, porque parecía jun-

²⁴ Posiblemente, era natural de Frías.

to a la costa de dicho río no haber poblado, y podíamos dormir sin haber zozobra; aunque la tierra de dentro parecía mucho poblada, desto no nos temíamos y paramos en el dicho robledar, y aquí mandó el capitán poner en los bergantines unas barandas a manera de fosados para defensa de las flechas, y no nos valieron poco.

NO HABÍA POCO QUE ESTÁBAMOS en este dicho asiento, cuando viene inmensa cantidad de canoas y piraguas a senos poner a vista sin nos hacer otro mal, y desta manera no hacían sino ir y venir. Estuvimos en este asiento día y medio, y pensábamos de estar más.

AQUÍ SE AVISÓ DE UNA COSA no de poco espanto y adivinación a los que lo vimos, y fue que a hora de vísperas se puso sobre un árbol, debajo del cual estábamos aposentados, una pájara la cual nunca vimos más, del canto que a muy gran priesa hacía y distintamente decía hui. Y esto dijo tres veces, dándose muy gran priesa. También sé decir que este mesmo pájaro u otro oímos en nuestra compañía desde el primer pueblo donde hicimos los clavos, y era tan cierto que en estando que estábamos cerca del poblado al cuarto del alba, nos lo decía desta manera: hui, y esto muchas veces quiere decir que entonaría esta ave en su canto que lo teníamos ya por tan cierto como que lo viéramos. Y así era que, cuando se oía, nuestros compañeros se alegraban y en especial si había falta de comida, y se aparejaban a ir todos a punto de guerra. Aquí nos dejó esta ave, que nunca la oímos más.

LUEGO MANDÓ EL CAPITÁN que nos partiésemos deste asiento, porque le parecía que había mucha gente y que a la noche, según parecía, tenían ordenado de dar en nosotros. Fue noche que mandó el capitán que pasásemos atados a las ramas, porque no se halló lugar para dormir en tierra, y esto fue permisión divina que, si hallaran qué saltar en tierra, pocos de nosotros quedaran, o ninguno, que pudiera dar nueva de nuestro viaje, según pareció.

Y ES QUE ESTANDO, COMO DICHO TENGO, los indios vienen en nuestro seguimiento por tierra y agua, y así nos andaban buscando con muy grandes estruendos. Y así allegaron los indios a nosotros y estuvieron hablando, que los oíamos y viamos, y no permitió Nuestro Señor que nos acometiesen, porque a nos acometer no quedaba ninguno de nosotros. Y así, tenemos por cierto, que Nuestro Señor los cegó para que no nos viesen, y desta manera estuvimos hasta que vino el día, que el capitán mandó que comenzásemos a caminar.

AQUÍ CONOCIMOS que estábamos no muy lejos de la mar, porque llegaba el agua de la repunta de la marea, de lo que no nos alegramos poco, en saber que ya no podíamos dejar de llegar a la mar.

EN COMENZANDO A CAMINAR, como dicho tengo, dende a un rato descubrimos un brazo de un río no muy grande, por el que vimos salir dos escuadrones de piraguas con muy gran grita y alarido, y cada uno destos escuadrones se fue a los bergantines y comenzaron a nos ofender y pelear como perros encarnizados y, si no fuera por las baranderas que se habían hecho atrás, saliéramos desta escaramuza bien diezmados, pero con esta defensa y con el daño que nuestros ballesteros y arcabuceros les hacían, fuimos parte con el ayuda de Nuestro Señor para nos defender. Pero no salimos sin daño, porque nos mataron otro compañero llamado García de Soria natural de Logroño, y en verdad que no le entró la flecha medio dedo, pero, como traía ponzoña, no [...] 24 horas y dio el ánima a Nuestro Señor.

FUIMOS CAMINANDO DESTA MANERA desde que amaneció, que sería más de las diez, que no nos dejaron un momento holgar; antes de cada hora había mucha más gente, tanto que el río andaba cuajado de piraguas, y esto porque estábamos en [...] muy poblada y de un señor que se llamaba Nurandaluguaburabara.

Y COMO NOS FUESEN SIGUIENDO, íbannos poniendo en mucho aprieto, tanto que estaban ya cerca de los bergantines; aquí hicieron dos tiros muy señalados con los arcabuces, para que aquellas gentes diableadas nos dejasen, y el uno hizo el alférez, que mató de un tiro dos indios y, de temor deste trueno, cayeron muchos al agua, de los cuales no escapó ninguno, porque todos se mataron desde los bergantines; el otro hizo un vizcaíno llamado Perucho²⁵. Esta fue una luz y muy de ver. Desta causa, los indios nos dejaron y se volvieron sin socorrer a los que andaban por el agua; ninguno destes, como tengo dicho, se escapó.

ACABADO ESTO, el capitán mandó atravesasen a la banda siniestra del río por huir de lo poblado que parecía, y así se hizo. Fuimos caminando por la dicha parte, algunos por tierra mucho buena, excepto que a la lengua del agua no había poblado, que todo parecía la tierra dentro; no supimos qué era la causa.

ASÍ FUIMOS COSTEANDO; vimos lo poblado en parte, donde no nos podíamos aprovechar de lo que más se parecía a unas fortalezas sobre unos cerros y lomas peladas, que estarían del río dos o tres leguas. No supimos qué señor señoreaba esta tierra, más de que el indio nos dijo que en aquellas fortalezas se hacían fuertes, que no les daban guerra, pero no supimos quién era el que se las daba.

YENDO CAMINANDO, mandó el capitán que saltásemos en tierra por tomar alguna recreación y ver la disposición de aquella tierra, tanto [...] vistas agradaban. Y así paramos días en este asiento, de donde el capitán mandó que se fuese a ver la tierra dentro en una legua, por ver y saber que tierra era. Y así fueron, y no caminaron una legua cuando los que iban dan la vuelta y dicen al capitán cómo la tierra iba siempre mejorando porque era todo sabanas y los montes, como dicho habemos, y parecía mucho rastro de

²⁵ Perucho es, según Fernández de Oviedo, vizcaíno.

gente que venían por allí a caza, y que no era cosa de pasar adelante, y así de la vuelta, el capitán holgó.

AQUÍ COMENZAMOS A DEJAR la buena tierra y sabanas y tierra alta, y comenzamos a entrar en tierra baja de muchas islas, aunque pobladas, no tanto como las de arriba. Aquí dejó el capitán la tierra firme y se metió en las islas por las cuales, caminando, tomando de comer adonde viamos que sin daño se podía hacer, y por ser las islas muchas y muy grandes, nunca pudimos tornar a tomar la tierra firme, de una ni de otra parte, hasta la mar.

EN QUE ÍBAMOS POR ENTRE LAS ISLAS doscientas leguas, todas las cuales, y con ciento más, sube la marea con mucha furia, en que por todas son trescientas de esta manera, mil y quinientas sin ellas, de manera que se montan las leguas que hemos andado por este río desde de donde salimos hasta la mar, mil y 800 leguas, antes más que menos.

YENDO CAMINANDO por nuestro acostumbrado camino, como salimos muy faltos y con harta necesidad de comida, fuimos a tomar un pueblo, el cual estaba metido en un estero; era de pleamar cuando mandó el capitán enderezar allá el bergantín grande; acertó a tomar el puerto bien y saltaron los compañeros en tierra. El pequeño no vido un palo que estaba cubierto con el agua y dio tal golpe que una tabla se hizo pedazos, tanto que el barco se anegó. Aquí nos vimos en muy grandísimo aprieto, tanto que en todo el río no le tuvimos mayor, y pensamos todos perecer, tanto que, de todas partes, nos esperaba la fortuna porque, como nuestros compañeros saltaron en tierra, dieron en los indios y los hicieron huir, y porque estaban seguros comienzan a recoger comida.

LOS INDIOS, COMO ERAN MUCHOS, revuelven sobre nuestros compañeros y danles tal mano que los hacen volver donde estaban los bergantines, los indios en su seguimiento. Pues en los bergantines, poca seguridad tenían, porque el grande estaba en

seco, que había bajado la marea, y el pequeño anegado, como he dicho. Y así estábamos en esta necesidad sin tener remedio, sino de sólo Dios, y el de nuestras manos que era el que nos había de valer y sacar de la necesidad en que estábamos.

Y LUEGO, el capitán ordenó de poner y dar luego remedio como recibiésemos daño, y fue de manera que mandó dividir la gente, que fue que la mitad de todos los compañeros peleasen con los indios y los otros varasen el bergantín pequeño y se adobase; y mandó luego que el grande se pusiese en alto, de manera que nada se quedó dentro. El mismo capitán, con solamente los dos religiosos que veníamos en su compañía y otro compañero, fuimos a guardar el dicho bergantín, y para defender de los indios por la parte del río.

ASÍ ESTÁBAMOS TODOS, no sin tener poco en qué entender, de manera que teníamos guerra por tierra y fortuna por agua. Plugo a Nuestro Señor Jesucristo de ayudarnos y favorecernos, como siempre ha hecho en todo este viaje, y cuando nos ha traído como gente perdida, sin saber dónde estábamos ni dónde íbamos ni qué había de ser de nosotros, aquí se conoció muy particular, generalmente, que usó nuestro Dios de su misericordia, pues sin entender ninguno cómo hizo la merced divina y con su inmensa bondad y providencia divina se remedió y se socorrió, de manera que el bergantín se adobó y se echó una tabla, y este mismo tiempo sirvió la gente de guerra que, en tres horas que se tardó la dicha obra, no dejaron de pelear.

¡OH INMENSO Y SOBERANO DIOS, cuantas veces nos vimos en trances de agonía, tan cercanos a la muerte que, sin que tu misericordia era imposible faltar fuerzas ni consejo de los que tuvimos para quedar con las vidas!

DESTE PUEBLO SACAMOS ALGUNA COMIDA y vino tan justo el día con la necesidad que la noche cerrada y nosotros, acabados

de embarcar, todo fue uno. Esta noche dormimos en el mismo río en los bergantines.

EL DÍA SIGUIENTE, tomando puerto en un monte, aquí pusimos por obra de aderezar el bergantín pequeño, de manera que pudiese navegar, que tardamos en la dicha obra 18 días. Y, de nuevo, se tornaron a hacer aquí clavos, donde de nuevo nuestros compañeros no trabajaron poco.

PERO HABÍA MUY GRAN FALTA DE COMIDA; comíamos el maíz por granos contados, asimismo, estando en esta necesidad, mostró Nuestro Señor el particular cuidado que tenía de nosotros pecadores, pues quiso proveer en esta necesidad, como todo lo demás que tengo dicho.

Y FUE ASÍ QUE UN DÍA, sobre tarde, pareció que venía por el río una vaca²⁶ muerta tamaña como una mula, y, visto por el capitán, mandó a nuestros compañeros que se la trajesen y tomasen una canoa para traerla, y la trujeron, y se repartió por todos los compañeros de manera que a cada uno le cupo de comer para 5 ó 6 días, que no fue poco sino mucho remedio para todos. Esta vaca venía recién muerta, porque estaba caliente y no traía ninguna herida.

ACABADO DE ADOBAR EL BERGANTÍN y clavos para adobar el grande, partimos deste asiento y fuimos caminando y buscando aparejo o playa para lo sacar y adobar de lo necesario. Día de San Salvador, que es la Transfiguración de Nuestro Redentor Jesucristo, hallamos la dicha playa que buscábamos, adonde se adobaron del todo entrambos bergantines y se les hizo sus jarcias de yerbas y cabos para la mar y velas de las mantas en que dormíamos, y se les pusieron sus mástiles.

TARDOSE DE HACER LA DICHA OBRA 14 días de continua y ordinaria penitencia, por la mucha hambre y poca comida que había,

²⁶ Suponemos que era un manatí, o “vaca marina”, ver nota 4.

que no se comía sino lo que se mariscaba a la lengua del agua, que eran unos caracolejos y unos cangrejos bermejuelos del tamaño de ranas y estos iban a tomar la mitad de los compañeros y la otra mitad quedaban trabajando. Desta manera y con este trabajo concluimos la dicha obra, que no fue pequeña alegría para nuestros compañeros, [...] que tenían echado aparte tan gran trabajo.

SALIMOS DESTE ASIEN TO a 8 días del mes de agosto, bien o mal proveídos según nuestra poca posibilidad, porque muchas cosas nos faltaban de que teníamos necesidad, pero como estábamos en parte que no lo podíamos haber, pasábamos nuestro trabajo como mejor podíamos.

DE AQUÍ FUIMOS A LA VELA, aguardando la marea, dando bordos a un cabo y a otro, que bien había por dónde según el río era ancho, aunque íbamos entre islas, pues no estábamos en poco peligro cuando aguardábamos la marea, pero como no teníamos rejon es, estábamos amarrados a unas piedras. Echámonos por portallas e teníamos tal mal que nos acontecía muchas veces garrar²⁷ y volver el río arriba, en una hora más que habíamos andado en todo el día.

QUI SO NUESTRO DIOS, no mirando a nuestros pecados, de nos sacar destos peligros y hacernos tantas mercedes que no permitió que nos muriésemos de hambre ni padeciésemos naufragio del cual estábamos muy cerca muchas veces, hallándonos en seco y a todos en el agua, pidiendo a Dios misericordia. Y según las veces que tocaron y se dieron golpes, puédes e creer que Dios, de poder absoluto, nos quiso librar porque nos enmendásemos o para otro misterio que su Divina Majestad tenía guardado, que así los hombres no alcanzamos.

FUIMOS CAMINANDO CONTINUAMENTE por poblado, donde nos proveímos de alguna comida aunque poca, porque los indios

²⁷ Ir hacia atrás arrastrando el ancla.

la tenían alzada, pero hallábamos algunas raíces, que llamaban inanes que, a no las hallar, todos pereciéramos de hambre. Así salimos muy faltos de bastimentos.

EN TODOS ESTOS PUEBLOS nos esperaban los indios sin armas, porque es gente muy doméstica y nos daban señas como no habían visto cristianos. Estos indios están a la banda del río por donde salimos, donde tomamos aguarada, uno un cántaro y unos a medio almud de maíz tostado, y otros a menos, y otros con raíces, y desta manera nos pusimos a punto de navegar por la mar, por donde la ventura nos guiase y echase, porque nosotros no teníamos piloto, ni aguja, ni carta ninguna de navegar, y ni sabíamos por qué parte o a qué cabo habíamos de echar.

POR TODAS ESTAS COSAS suplió nuestro Maestro y Redentor Jesucristo, al cual tenemos por verdadero piloto y guía, confiando en su Sacratísima Majestad, que El nos guiara y llevara a tierra de cristianos.

TODA LA GENTE QUE HAY en este río y hemos pasado, como hemos dicho, es gente de mucha razón y hombres ingeniosos, según que vimos y parecían por todas las obras que hacen, así de bien como dibujos y pinturas de todos los colores, muy vivísimas, que es cosa maravillosa de ver.

SALIMOS DE LA BOCA DESTE RÍO por entre dos islas, que había de la una a la otra cuatro leguas por medio río, y todo él junto, según arriba le vimos, tendrá, de punta a punta, sobre cincuenta leguas. Mete en la mar el agua dulce más de 25 leguas; crece y mengua seis o siete brazas.

SALIMOS, COMO DIJE, a 26 días del mes de agosto, día de San Luis; hízonos tan buen tiempo que nunca, por río ni por la mar, que nunca hubimos aguacero, que no fue poco milagro que Nuestro Señor obró con nosotros.

COMENZAMOS A CAMINAR con entrambos bergantines, unas veces a vista de tierra y otras veces que la veíamos mas no que supiésemos dónde.

Y EL MESMO DÍA de la Degollación de San Juan, en la noche, se apartó el un bergantín del otro, que nunca más los pudimos ver, que pensamos que se hubiesen perdido; y, al cabo de nueve días que navegábamos, metiéronnos nuestros pecados en el golfo de Paria, pensando que aquél era nuestro camino, y como nos hallamos dentro quisimos tornar a salir a la mar. Fue la salida tan funesta que tardamos en ella siete días, todos los cuales no dejaron los remos de las manos nuestros compañeros, y en todos estos siete días no comimos sino fruta a manera de ciruelas, que se llaman overo.

ASÍ QUE CON GRAN TRABAJO salimos por las bocas del Dragón, que tales se pueden llamar para nosotros porque por poco nos quedamos dentro. Salimos desta cárcel; fuimos caminando dos días por la costa adelante, al cabo de los cuales, sin saber dónde estábamos, ni dónde íbamos, ni qué había de ser de nosotros, aportamos a la dicha isla de Cubagua²⁸ y ciudad de la Nueva Cádiz, donde hallamos nuestra compañía y pequeño bergantín, que había dos días que había llegado. Porque ellos llegaron a nueve días de septiembre y nosotros llegamos a quince de dicho mes con el bergantín grande, donde venía nuestro capitán.

TANTA FUE EL ALEGRÍA que los unos con los otros recibimos, que sólo sabré decir porque ellos nos tenían a nosotros por perdidos y nosotros a ellos.

DE UNA COSA ESTOY INFORMADO y certificado, que así a ellos como a nosotros nos ha hecho Dios grandes mercedes y muy señaladas en nos traer en este tiempo, que en otro, los maderos que

²⁸ En la costa de Venezuela.

andan por la costa no nos dejaran navegar, porque es la más peligrosa costa que se ha visto.

FUIMOS TAN BIEN RECIBIDOS de los vecinos desta ciudad como si fuéramos sus hijos, porque nos abrigaron y dieronnos lo que habíamos menester.

DESTA ISLA ACORDÓ EL CAPITÁN de ir a dar cuenta a su majestad deste nuevo y gran descubrimiento y deste río, el cual tenemos que es Marañón, porque hay desde la boca hasta isla de Cubagua 450 leguas por la altura, porque así lo hemos visto después que llegamos. En toda la costa, aunque hay muchos ríos son pequeños.

Yo,

Fray Gaspar de Carvajal, el menor de los religiosos de la Orden de nuestro religioso Padre Santo Domingo de Guzmán, he querido tomar este poco trabajo e suceso de nuestro camino e navegación, así para decirla y notificar la verdad en todo ello, como para quitar ocasiones y muchos que quieran contar esta nuestra peregrinación, o al revés de como lo hemos pasado y visto. Y es verdad que en todo que yo he escrito y contado, porque la prolijidad engendra fastidio, y así superficial y sumariamente he relatado lo que ha pasado por el capitán Francisco de Orellana y por los hidalgos de su compañía, compañeros que salimos con él del real de Gonzalo Pizarro, hermano de don Francisco Pizarro, marqués y gobernador del Perú.

Sea Dios loado. Amén.

Babelia.DOC